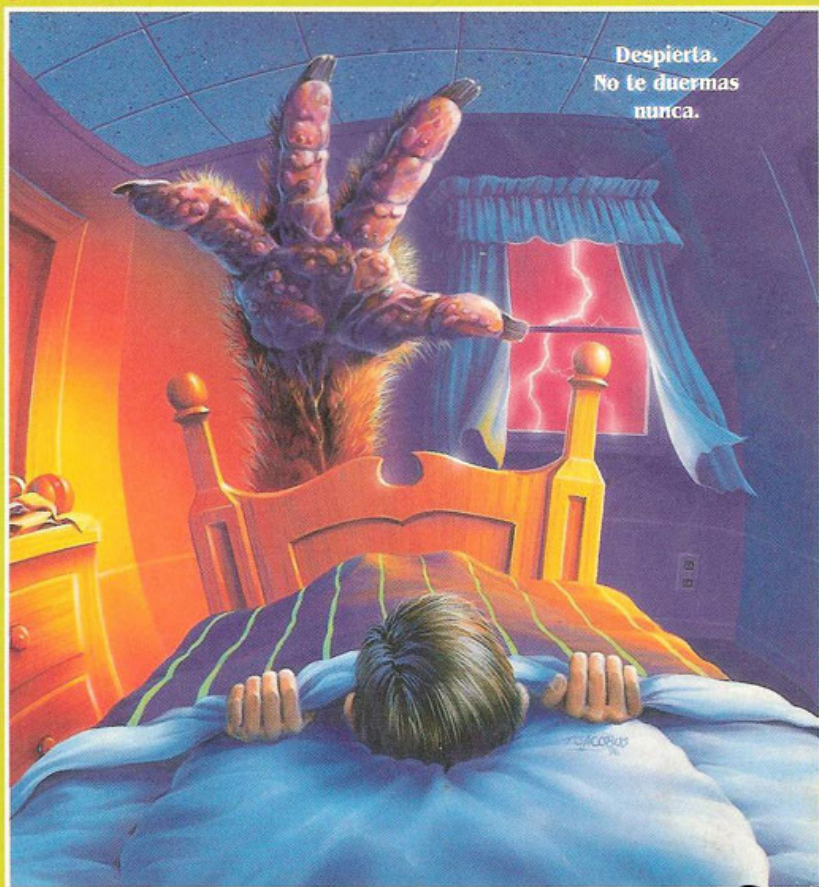


R. L. STINE

pesadillas

No te vayas a dormir



Despierta.
No te duermas
nunca.

de

La habitación de Matt es tan pequeña que casi puede considerarse un armario. Matt la detesta. ¿Por qué no le dejan dormir en la habitación de invitados? Al fin y al cabo, nunca tienen visitas...

Pero la noche que Matt decide cambiar de habitación, descubre por qué allí nunca va nadie. Cada vez que se duerme, se despierta con una nueva pesadilla...



R. L. Stine

No te vayas a dormir

Pesadillas - 52

ePub r1.0

javinintendero 19.06.14

Título original: *Goosebumps #54: Don't go to Sleep!*

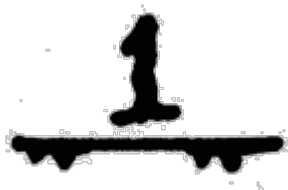
R. L. Stine, 1997

Traducción: Gemma Moral

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.1





¡Clonc!

—¡Ay! ¡El klingon me ha golpeado!

Me froté la cabeza y le di una patada a mi foto tamaño natural de un klingon, uno de esos alienígenas guerreros de *Star Trek*, para apartarla de mi camino. Intentaba alcanzar uno de mis libros favoritos, *Las hormigas atacan Plutón*, cuando el enorme cartón cayó del estante superior y me dio en la cabeza. Volví a patear al klingon.

—¡Toma eso, malvado trozo de cartón!

Estaba harto. Mis cosas no dejaban de atacarme y tenía la habitación llena de trastos, que saltaban de las paredes a cada momento y me pegaban en la cabeza; aquélla no era la primera vez.

—¡Ahhhhhhh! —Volví a dar una patada al klingon.

—Matthew Amsterdam, el raro de doce años de edad —murmuraba a un magnetófono mi hermano mayor, Greg, que estaba en el umbral de la puerta.

—¡Fuera de mi habitación! —gruñí. Greg no me hizo el menor caso, como siempre.

—Matt es flaco, bajo para su edad, con cara redonda de bebé cerdito —me describió, sin dejar de hablar al magnetófono—. Tiene el cabello tan rubio que desde lejos casi parece calvo —añadió Greg, impostando una voz grave. Intentaba parecerse al tipo que habla de los animales en esos reportajes de naturaleza.

—Al menos yo no tengo una alfombrilla sobre la cabeza —dije con tono burlón.

Greg y mi hermana, Pam, tienen el pelo tieso y castaño. El mío es de un rubio casi blanco y muy fino. Mamá dice que mi padre lo tenía igual, pero no lo recuerdo porque murió cuando yo era un bebé.

Greg me dedicó una sonrisa hipócrita y siguió retransmitiendo con esa voz de *El reino animal*.

—El hábitat natural de Matt es una habitación pequeña llena de libros de ciencia ficción, maquetas de naves espaciales alienígenas, cómics, calcetines sucios, migas rancias de pizza y otras basuras propias de los raros. ¿Cómo puede soportarlo Matt? Los científicos están perplejos. Recuerden que los raros han sido siempre un misterio para los seres humanos normales.

—Prefiero ser un raro que un retrasado como tú —le dije.

—Tú no eres ni siquiera lo bastante listo para ser retrasado —le replicó él con su voz normal. Pam apareció en el umbral junto a Greg.

—¿Qué está pasando aquí, en el mundo del rarito? —preguntó—. ¿Ha venido por fin a buscarte la nave nodriza, Matt?

Le arrojé *Las hormigas atacan Plutón* a la cabeza. Pam está en el décimo curso y Greg en el undécimo. Ambos se pasan la vida confabulándose contra mí. Greg volvió a hablar al magnetófono.

—Cuando se siente amenazado, el raro ataca. Sin embargo, es tan peligroso como un plato de puré de patatas.

—¡Salid de aquí! —grité, e intenté cerrar la puerta, pero ellos la bloquearon.

—No puedo irme —protestó Greg—. Tengo que hacer un trabajo para clase. Tengo que observar a todos los de la familia y escribir una redacción sobre su comportamiento. Es para sociales.

Pues vete a ver a Pam hurgándose en la nariz —le espeté yo.

Pam apartó a Greg de un golpe para abrirse paso hasta mí y tirarme del cuello de mi camiseta de *Star Trek*.

—¡Retira lo que has dicho! —me ordenó.

—¡Suéltame! —grité yo—. ¡Me vas a estropear el cuello de la camiseta!

—Matthew es muy quisquilloso con su ropa rara —masculló Greg al magnetófono.

—¡Te he dicho que lo retires! —Pam me sacudió—. ¡O te echaré

encima a Biggie!

Biggie es nuestro perro. No es grande, es un dachshund, pero por algún extraño motivo me odia. A los demás, aunque sean desconocidos, les lame las manos, agitando la cola y todo lo demás. A mí sólo me gruñe y me enseña los dientes. En una ocasión Biggie se metió en mi cuarto y me mordió mientras dormía. Yo siempre duermo como un tronco, y me cuesta mucho despertarme, pero creedme, cuando te muerde un perro, te despiertas enseguida.

—¡Aquí, Biggie! —gritó Pam.

—¡Vale! —exclamé—. Lo retiro.

—Bien hecho —dijo Pam—. ¡Te has ganado un premio! —Empezó a darme golpes en la cabeza.

—¡Ay! ¡Ay! —gemí.

—La hermana del raro le da un premio —comentó Greg—. El raro exclama: «Ay.»

Por fin Pam me soltó. Yo di un traspiés y me caí sobre la cama, que golpeó la pared, de tal modo que una pila de libros del estante que había sobre la cabecera me cayó encima.

—Déjame un momento el magnetófono —le pidió Pam a Greg, atracándose de las manos para gritar al micrófono—. ¡El raro ha caído! ¡Gracias a mí, Pamela Amsterdam, el mundo vuelve a ser un lugar seguro para la gente enrollada! ¡Hurra!

Detesto mi vida. Pam y Greg me usan como blanco humano. Quizá si mamá pasara más tiempo en casa podría evitarlo, pero casi nunca está. Ella tiene dos empleos. Durante el día enseña informática y por la noche es mecanógrafa en un bufete de abogados. Se supone que Pam y Greg han de ocuparse de mí. Ya lo creo que se ocupan, pero de hacerme la vida imposible las veinticuatro horas del día.

—Esta habitación apesta—se quejó Pam—. Salgamos de aquí, Greg.

Salieron dando un portazo. Mi maqueta de nave espacial se cayó de la cómoda y se estrelló contra el suelo.

Al menos me habían dejado tranquilo. No me importaban sus insultos, siempre que me dejaran solo.

Me tumbé en la cama para leer *Las hormigas atacan Plutón*. Hubiera preferido Plutón a mi propia casa, aunque hubiera

hormigas gigantes lanzándome proyectiles de saliva. Mi cama había perdido su forma plana, por lo que tiré al suelo un montón de libros y ropa que se abultaban en ella.

Mi cuarto era el más pequeño de toda la casa, claro está. Yo siempre me quedo con lo peor de todo. Incluso la habitación de invitados era más grande que la mía. No lo comprendía. ¡Necesitaba más espacio que nadie! Tenía tantos libros, pósters, maquetas y otros trastos que apenas me quedaba sitio para dormir.

Abrí el libro y empecé a leer. Llegué a una parte realmente alucinante. Justin Case, un viajero espacial procedente de la Tierra era capturado por el malvado emperador de las hormigas, que se acercaba más y más...

Cerré los ojos un segundo, apenas un segundo, pero creo que me quedé dormido. ¡De repente, noté el aliento cálido y hediondo del emperador de las hormigas en mi rostro! ¡Aaggg! Olía igual que la comida para perros. Entonces oí un gruñido y abrí los ojos.

Era peor de lo que había pensado, peor que una hormiga gigante. Era Biggie... ¡listo para saltar!

2

—¡Biggie! —chillé—. ¡Fuera de aquí!

Biggie me atacó con las fauces abiertas. Yo lo esquivé y no me mordió. Luego lo saqué de la cama de un empujón. El me gruñó e intentó volver a saltar sobre mí, pero se quedó corto.

No podía subirse a la cama si no tomaba carrerilla. Al ponerme en pie sobre la cama, el perro intentó mordirme los pies.

—¡Socorro! —grité. Entonces fue cuando vi a Pam y a Greg en el umbral de la puerta, riéndose a mandíbula batiente. Biggie retrocedió para tomar carrerilla—. ¡Ayudadme! —rogué.

—Sí, claro —contestó Pam. Greg se dobló sobre sí mismo de la risa.

—Vamos —gimoteé—. ¡No puedo bajar! ¡Me morderá!

Greg hizo esfuerzos para contenerse.

—¿Por qué te crees que lo habíamos puesto en tu cama? —preguntó Greg—. ¡Ja, ja, ja, ja! No deberías dormir tanto, Matt. Hemos pensado que teníamos que despertarte.

—Además, nos aburríamos —añadió Pam—. Queríamos divertirnos un poco.

Biggie atravesó la habitación al galope y saltó sobre la cama. Cuando él llegó arriba, yo salté al suelo y eché a correr, resbalando con unos cómics. Biggie me persiguió, pero conseguí llegar al pasillo y cerrar la puerta de mi cuarto justo antes de que él saliera. Biggie se puso a ladrar como un poseso.

—¡Déjalo salir, Matt! —me reprendió Pam—. ¿Cómo puedes ser tan malo con el pobre y tierno Biggie?

—¡Dejadme en paz! —grité, y bajé corriendo a la sala de estar. Me tiré en el sofá y encendí la televisión. No me molesté en buscar, siempre veía la misma cadena, la de ciencia ficción. Oí a Biggie bajar las escaleras y me puse tenso, esperando que me atacara, pero el perro se fue hacia la cocina. «Seguramente va a comer alguna porquería para perros, el pequeño monstruo grasiento», pensé.

La puerta de la calle se abrió y entró mamá con un par de bolsas de la compra.

—¡Hola, mamá! —exclamé, contento de que llegara. Pam y Greg se contenían un poco cuando ella estaba en casa.

—Hola, cariño —saludó ella, y llevó las bolsas a la cocina—. ¡Aquí está mi pequeño Biggie! —dijo con voz melosa—. ¿Cómo está mi precioso cachorrito?

Todo el mundo adora a Biggie excepto yo.

—¡Greg! —llamó mamá—. ¡Esta noche te toca a ti hacer la cena!

—¡No puedo! —gritó Greg desde arriba—. ¡Mamá, tengo muchos deberes! Esta noche no puedo hacer la cena.

Ya, claro. Tenía tantos deberes que no podía dejar de meterse conmigo.

—Dile a Matt que la haga —gritó Pam—. Él no hace nada. Sólo está viendo la televisión.

—Yo también tengo deberes —protesté.

—¡Claro! —exclamó Greg, bajando las escaleras—. ¡Los deberes de séptimo son tan difíciles!

—Seguro que cuando tú hacías séptimo no creías que fueran fáciles,

—Chicos, por favor, no os peleéis —les pidió mamá—. Sólo tengo un par de horas antes de volver al trabajo. Matt, empieza a hacer la cena. Voy a arriba a echarme un rato.

—¡Mamá! ¡No me toca a mí! —protesté, y entré en la cocina hecho una furia.

—Greg la hará otra noche —me prometió mamá.

—¿Y por qué no la hace Pam?

—Matt, ya es suficiente. La harás tú. No hay más que hablar —terminó ella, y subió las escaleras fatigosamente.

—¡Ratas! —exclamé por lo bajo. Abrí la puerta de un armario y lo cerré de golpe—. ¡Nunca me hacen caso a mí!

—¿Qué vas a hacer para cenar, Matt? —preguntó Greg—. ¿Hamburguesas para raros?

—Matthew Amsterdam mastica con la boca abierta. —Greg hablaba a su magnetófono otra vez. Estábamos todos cenando en la cocina.

—Esta noche los Amsterdam cenan aún a la cazuela —explicó—. Lo ha descongelado Matt. Lo ha dejado demasiado tiempo en el horno y los fideos del fondo se han quemado.

—Cierra el pico —mascullé.

Nadie pronunció palabra durante unos minutos. Los únicos sonidos que se oían eran los que producían los tenedores al chocar con los platos y las uñas de Biggie en el suelo de la cocina.

—¿Qué tal ha ido hoy el colegio, chicos? —preguntó mamá.

—La señora Amsterdam pregunta a sus hijos qué tal les ha ido el día —relató Greg a su magnetófono.

—Greg, ¿tienes que hacer eso mientras cenamos? —preguntó mamá con un suspiro.

—La señora Amsterdam se queja sobre el comportamiento de su hijo Greg —musitó Greg.

—¡Greg!

—La voz de la madre de Greg sube de tono. ¿Está enfadada?

—¡GREG!

—Tengo que hacerlo, mamá —insistió Greg con su voz normal—. ¡Es para el cole!

—Me pone nerviosa —dijo mamá.

—A mí también —intervine.

—¿Quién te ha preguntado, Matt? —me espetó Greg.

—Pues páralo hasta después de la cena, ¿de acuerdo? —le pidió mamá.

Greg no replicó sino que dejó el magnetófono sobre la mesa y empezó a comer.

—Mamá —llamó Pam—, ¿puedo guardar mi ropa de invierno en el armario de la habitación de invitados? El mío está lleno a rebosar.

—Lo pensaré —contestó mamá.

—¡Eh! —exclamé yo—. ¡Ella tiene un armario muy grande! ¡Es

casi tan grande como toda mi habitación!

—¿Y qué? —dijo Pam con tono burlón.

—¡Mi cuarto es el más pequeño de toda la casa! —protesté—. Apenas se puede caminar por él.

—Eso es porque eres un guarro —replicó Pam con guasa.

—¡No soy ningún guarro! ¡Soy limpio! Pero necesito un cuarto más grande. Mamá, ¿puedo cambiarme a la habitación de invitados?

—No —dijo mamá, sacudiendo la cabeza.

—Pero ¿por qué no?

—Quiero tenerla arreglada para los invitados —explicó ella.

—¿Qué invitados? —exclamé—. ¡Nunca tenemos invitados!

—Tus abuelos vienen todas las navidades.

—Eso es una vez al año. A los abuelos no les importará dormir en mi cuarto una vez al año. ¡El resto del tiempo tienen una casa entera para ellos solos!

—Tu cuarto es demasiado pequeño para que duerman dos personas —razonó mamá—. Lo siento, Matt. No puedes mudarte a la habitación de invitados.

—¡Mamá!

—Además, ¿qué más te da dónde duermas? —intervino Pam—. Eres el más dormilón del mundo. ¡Podrías dormir en medio de un huracán!

—Cuando Matt no está sentado delante de la tele, suele estar durmiendo —dijo Greg, hablando de nuevo al magnetófono—. Pasa más tiempo dormido que despierto.

—Mamá, Greg ha vuelto a usar el magnetófono —me quejé.

—Lo sé —contestó mamá con tono cansino—. Greg, deja eso.

—Mamá, por favor, déjame cambiar de habitación. ¡Necesito una habitación más grande! No sólo duermo en mi cuarto, ¡vivo en él! Necesito un lugar donde estar lejos de Pam y Greg. ¡Mamá, tú no sabes lo que pasa cuando no estás aquí! ¡Se portan muy mal conmigo!

—Matt, basta —replicó mamá—. Tienes unos hermanos estupendos, que te cuidan muy bien. Deberías estarles agradecido.

—¡Los odio!

—¡Matt! ¡Ya estoy harta! ¡Vete ahora mismo a tu cuarto!

—¡Allí no tengo espacio! —exclamé.

—¡Ahora mismo!

Cuando subía corriendo las escaleras, oí a Greg hablando de nuevo a su magnetófono.

—Matt ha sido castigado. ¿Su crimen? Ser un raro.

Di un portazo, enterré la cabeza en la almohada y grité.

Me pasé el resto del tiempo hasta la hora de dormir en mi cuarto.

—¡No es justo! —musité—. Pam y Greg consiguen siempre lo que quieren, ¡y a mí me castigan!

«Nadie usa la habitación de invitados —pensé—. Me da igual lo que diga mamá. Voy a dormir allí a partir de ahora.»

Mamá se fue a su trabajo nocturno. Esperé hasta que Pam y Greg apagaron las luces y se metieron en sus habitaciones. Luego salí de mi cuarto a hurtadillas y me metí en la habitación de invitados. Dormiría allí y nada me detendría. No me parecía que fuera nada del otro mundo. ¿Qué era lo peor que podía pasar? ¿Que mamá se enfadara conmigo? Bueno, ¿y qué?

No tenía la menor idea de que, al despertar por la mañana, mi vida sería un completo desastre.

3

Tenía los pies fríos. Eso fue lo primero que noté al despertar. Sobresalían por debajo de la ropa de la cama. Me senté y les eché la manta por encima. Luego volví a apartarla. ¿Esos eran mis pies? Eran enormes, no monstruosos, pero sí demasiado grandes para mí, mucho más grandes que el día anterior.

«Caray —pensé—. He oído hablar de estirones. Sé que los niños crecen muy deprisa a mi edad, ¡pero esto es ridículo!»

Salí con sigilo de la habitación de invitados. Oí a mamá, Pam y Greg desayunando en la cocina.

«¡Oh, no! —me dije—. Me he dormido. Espero que nadie se haya dado cuenta de que anoche no dormí en mi cuarto.»

Me dirigí al cuarto de baño para lavarme los dientes, pero todo parecía un poco raro. Cuando toqué el pomo de la puerta del cuarto de baño, me pareció que no estaba en su lugar, era como si alguien lo hubiera bajado durante la noche. Y también el techo parecía más bajo.

Encendí la luz y me miré en el espejo. ¿Aquél era yo? No podía dejar de observarme. La imagen se parecía a mí, pero no era yo. No tenía el rostro tan redondo. Me toqué el labio superior, que estaba cubierto de vello rubio. ¡Y yo medía unos quince centímetros más que la noche anterior!

Era... era más viejo. ¡Parecía tener unos dieciséis años!

«No, no —pensé—. Esto no puede ser verdad. Seguro que son imaginaciones mías. Cerraré los ojos un rato. Cuando los abra, seguro que volveré a tener doce años.»

Cerré los ojos con fuerza, conté hasta diez y abrí los ojos. Nada había cambiado. ¡Era un adolescente de dieciséis años! Mi corazón empezó a latir a todo trapo. Conocía aquella vieja historia de Rip Van Winkle, que se pasó cien años durmiendo y cuando despertó, todo había cambiado.

«¿Es eso lo que me ha ocurrido en realidad? —me pregunté—. ¿Me he pasado cuatro años durmiendo?»

Bajé las escaleras corriendo para ir a hablar con mamá. Ella me diría qué estaba pasando.

Corrí todavía en pijama, pero como no estaba acostumbrado a unos pies tan grandes, en el tercer escalón tropecé con el izquierdo.

—¡Nooooo!

¡PUM! Caí rodando y aterricé de bruces frente a la cocina. Greg y Pam se rieron... claro.

—¡Muy bueno, Matt! —exclamó Greg—. ¡Diez puntos!

Me puse en pie con dificultad. No tenía tiempo para escuchar las bromas de Greg, tenía que hablar con mamá, que estaba sentada comiendo huevos.

—¡Mamá! —la llamé—. ¡Fíjate en mí!

Ella me miró.

—Ya te veo. Aún no te has vestido. Será mejor que te des prisa o llegarás tarde al colegio.

—¡Pero, mamá! —insistí—. ¡Soy... soy un adolescente!

—Lo sé de sobra —contestó ella—. Ahora date prisa. Me voy dentro de quince minutos.

—Sí, date prisa, Matt —dijo Pam, metiéndose en la conversación—. Harás que lleguemos todos tarde.

Me di la vuelta para replicar, pero... me detuve. Pam y Greg estaban sentados comiendo cereales. No parece que pudiera haber nada raro en eso, ¿verdad?

El único problema era que también ellos tenían un aspecto diferente. Si yo tenía dieciséis años, Pam y Greg debían tener diecinueve y veinte, pero no, ni siquiera tenían quince y dieciséis como antes. ¡Parecían tener sólo once y doce años! ¡Se habían vuelto más jóvenes!

—¡Es imposible! —chillé.

—¡Es imposible! —repitió Greg, burlándose de mí.

Pam soltó una risita.

—Mamá... ¡escucha! —exclamé—. Algo raro está pasando. ¡Ayer yo tenía doce años y hoy tengo dieciséis!

—¡Tú eres el raro! —bromeó Greg. El y Pam se echaron a reír. Eran tan odiosos ahora como antes.

Mamá sólo me escuchaba a medias. Le sacudí el brazo para captar su atención.

—¡Mamá! ¡Pam y Greg son mis hermanos mayores! ¡Pero de repente son más pequeños! ¿No lo recuerdas? ¡Greg es el mayor!

—¡Matt se ha vuelto majareta! —exclamó Greg—. ¡Majareta! ¡Majareta!

Pam se cayó al suelo de tanto reír. Mamá se levantó y dejó su plato en el fregadero.

—Matt, no tengo tiempo para tonterías. Sube a vestirme ahora mismo.

—Pero, mamá...

—¡Ahora mismo!

¿Qué podía hacer? Nadie quería escucharme. Actuaban como si todo fuera normal. Subí a mi cuarto para vestirme, pero no pude encontrar mis ropas de siempre. Los cajones estaban llenos de ropa que no había visto antes de la medida de mi nuevo cuerpo.

«¿Puede tratarse de una broma?», me pregunté mientras me ataba los cordones de las enormes zapatillas deportivas. Todo esto debe de ser un malévolo truco de Greg. Pero ¿cómo? ¿Cómo podía hacerme crecer Greg y volverse él más pequeño? Ni siquiera Greg podía hacer una cosa así.

Entonces entró Biggie.

—¡Oh, no! —exclamé—. Fuera de aquí, Biggie. ¡Fuera!

Biggie no me hizo caso. Corrió directo hacia mí y me lamió una pierna. No me gruñó ni me mordió, se limitó a menear la cola.

«¡Eso es! —pensé—. El mundo entero se ha vuelto loco.»

—¡Matt! ¡Nos vamos! —gritó mamá desde abajo.

Corrí escaleras abajo y salí por la puerta principal. Todos los demás se habían metido ya en el coche. Mamá nos llevó a la escuela. Detuvo el coche delante de la Escuela Madison, mi colegio. Bajé del coche.

—¡Matt! —me riñó mamá—. ¿Adónde vas? ¡Vuelve a entrar!

—¡Voy al colegio! —expliqué—. ¡Creía que querías que fuera al colegio!

—¡Adiós, mamá! —se despidió Pam alegremente. Ella y Greg dieron un beso a mamá y salieron del coche. Luego entraron corriendo en la escuela.

—Deja de hacer el tonto, Matt —dijo mamá—. Voy a llegar tarde al trabajo.

Volví a subir al coche. Mamá condujo unos tres kilómetros más y se detuvo... frente al instituto.

—Ya hemos llegado —anunció.

Tragué saliva. ¡El instituto!

—Pero ¡yo no estoy preparado para ir al instituto! —protesté.

—¿Qué te pasa hoy? —espetó mi madre, alargando la mano para abrirme la puerta—. ¡Muévete!

Tuve que bajarme. No había más remedio. —¡Que tengas un buen día! —se despidió ella, alejándose.

Con sólo una mirada al instituto supe que no iba a tener un buen día.

4

Sonó un timbre. Chicos grandes y de aspecto amenazador entraron en tropel en el instituto.

—Vamos, chico. Muévete. —Un profesor me dio un empujón para que cruzara la puerta.

Se me hizo un nudo en el estómago. Aquello era como el primer día de colegio, pero diez veces peor, ¡un millón de millones de veces peor! Sentí deseos de gritar: «¡No puedo ir al instituto! ¡Sólo he llegado a séptimo!»

Deambulé por los pasillos entre centenares de otros chicos. «¿Adónde voy? —me pregunté—. ¡Ni siquiera sé en qué clase estoy!»

Un chico corpulento con una chaqueta de fútbol americano vino hacia mí y se detuvo a escasos centímetros de mi cara.

—Esto... hola —saludé. ¿Quién era aquel tipo?

El otro no se movió, ni pronunció palabra. Se limitó a seguir allí, pegado a mí.

—Esto... escucha —empecé—. No sé a qué clase ir. ¿Sabes dónde están los chicos que son... bueno, ya sabes, de mi edad?

El chico grande, muy, muy grande, me miró boquiabierto.

—Pequeña basura —masculló—. Vas a pajear lo que me hiciste ayer.

—¿Yo? —El corazón me dio un vuelco. ¿De qué estaba hablando?—. ¿Yo te hice algo? No lo creo. ¡Yo no te he hecho nada! ¡Ayer ni siquiera estaba aquí!

Él puso sus manazas sobre mis hombros... y apretó.

—¡Ay! —exclamé.

—Hoy, después de clase —me amenazó lentamente—, vas a pagar.

Me soltó y se alejó caminando despacio por el pasillo, como si fuera el amo de aquel lugar. Yo estaba tan asustado que me metí en la primera aula que encontré y me senté al fondo. Una mujer alta con el pelo oscuro y rizado se colocó delante de la pizarra.

—¡Muy bien, chicos! —gritó, y todos se callaron—. Abrid el libro por la página ciento cincuenta y siete.

«¿Qué clase es ésta?», me pregunté. Observé que la chica de al lado sacaba un libro de texto de su mochila. Miré la tapa. No. Oh, no. No podía ser. El título era: *Matemáticas de nivel avanzado: cálculo*.

¡Cálculo! ¡Jamás había oído ese nombre! Las matemáticas no se me daban bien, ni siquiera las de séptimo curso. ¿Cómo iba a hacer cálculo? La profesora me vio y entrecerró los ojos.

—¿Matt? ¿Te toca ahora esta clase?

—¡No! —exclamé, poniéndome en pie de un bote—. ¡No me toca esta clase, eso seguro!

—Estás en mi clase de las dos y media, Matt —me recordó la profesora—. A menos que necesites cambiar de horario.

—¡No, no! Ya me va bien. —Eché a andar hacia atrás para salir del aula—. ¡Me he confundido, eso es todo!

Salí corriendo de allí tan deprisa como pude. «Adiós —pensé—. A la de las dos y media tampoco voy a venir. Creo que hoy me saltaré la clase de mates. ¿Qué hago ahora?» Seguí andando por el pasillo. Sonó el timbre. Otro profesor, un hombre bajo, regordete y con gafas, salió al pasillo para cerrar la puerta de su clase y me vio.

—Llegas tarde otra vez, Amsterdam —me riñó—. Vamos, entra.

Me apresuré a entrar, esperando que aquella clase fuera algo más fácil, como por ejemplo, una clase de lengua en que se leyeran cómics. No hubo suerte. Era una clase de lengua, sí, pero no se leían cómics sino un libro titulado *Anna Karenina*.

En primer lugar, ese libro tiene unas diez mil páginas. Segundo, todos los demás lo habían leído menos yo. Tercero, aunque inténtara leerlo, no entendería de qué se trataba ni en mil años.

—Dado que has sido el último en llegar a clase, Amsterdam —

empezó el profesor—, serás el primero en leer. Empieza por la página cuarenta y siete.

Me senté en un pupitre y me agité con nerviosismo.

—Esto... señor. —No sabía cómo se llamaba aquel tipo—. Es que... no me he traído el libro.

—No, claro —contestó el profesor con un suspiro—. Robertson, ¿quieres prestarle el libro a Amsterdam, por favor?

Robertson resultó ser la chica sentada a mi lado. ¿De qué iba aquel profesor, por cierto, llamando a todo el mundo por el apellido? La chica me pasó el libro.

—Gracias, Robertson —dije. Ella me miró con el entrecejo fruncido. Supongo que no le gustó que la llamara así, pero no sabía su nombre de pila. Era la primera vez en mi vida que la veía.

—Página cuarenta y siete, Amsterdam —repitió el profesor.

Abrí el libro por la página cuarenta y siete, le eché una ojeada y respiré hondo. La página estaba llena de palabras difíciles que yo no conocía, y también de nombres rusos. «Estoy a punto de hacer el ridículo —pensé y luego me dije—: Lee las frases de una en una.» Lo malo era que las frases eran muy largas. ¡Una frase ocupaba una página entera!

—¿Vas a leer o no? —preguntó el profesor.

Respiré hondo y empecé a leer la primera frase.

—La joven princesa Kitty Shcherb... Sherba... Sherbet...

Robertson rió disimuladamente.

—Shcherbatskaya —me corrigió el profesor—. No Sherbet. Hemos repasado todos estos nombres, Amsterdam. Ya deberías sabértelos.

¿Shcherbatskaya? Aunque el profesor lo hubiera pronunciado por mí, me era imposible decirlo. Jamás nos ponían palabras como ésas en los exámenes de lengua de séptimo.

—Robertson, sigue tú —ordenó el profesor.

Robertson recuperó su libro y empezó a leer en voz alta. Intenté seguir la historia. Trataba de gente que iba a bailes y de unos que querían casarse con la princesa Kitty. Cosas de chicas. De repente bostecé.

—¿Aburrido, Amsterdam? —preguntó el profesor—. Quizá yo consiga despertarte. ¿Por qué no nos dices lo que significa este

pasaje?

—¿Significa? —repetí—. ¿Quiere decir que qué quiere decir?

—Eso mismo.

Intenté ganar tiempo. ¿Cuándo se terminaría aquella clase?

—Esto... ¿qué significa? —dije para mis adentros, como si estuviera muy concentrado—. O sea, ¿cuál es su significado? Bueno, ésa sí que es una pregunta difícil...

Todos los demás chicos se volvieron para mirarme. El profesor dio unos golpes en el suelo con el pie.

—Estamos esperando.

¿Qué podía hacer? No tenía la menor idea de qué decir. Opté por una solución infalible.

—Tengo que ir al lavabo —dije.

Todos rieron menos el profesor, que puso los ojos en blanco,

—Adelante, y pásate por dirección a tu vuelta.

—¿Qué?

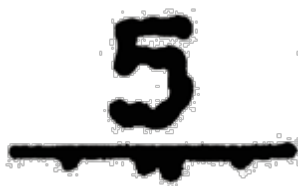
—Ya me has oído —contestó el profesor—. Tienes una cita en dirección. Ahora sal de mi clase.

Me levanté de un salto y salí corriendo de la habitación. ¡Caray! ¡Los profesores de instituto sí que eran duros!

Pero aunque me habían castigado, estaba contento de poder escapar de allí, Nunca creí que diría esto, pero lo cierto es que deseé volver al colegio. Deseé que todo volviera a ser normal Vagué por el pasillo, buscando la dirección, Encontré una puerta con una ventana de cristal esmerilado. En la ventana ponía: «SRA. McNAB, DIRECTORA.»

«¿Debería entrar? —me pregunté—. ¿Para qué? Lo único que hará será gritarme.» Estaba a punto de dar media vuelta y marcharme, pero alguien vino hacia mí por el pasillo. Alguien a quien yo no quería ver.

—¡Ahí estás, pequeña basura! —Era el grandullón de antes—. ¡Voy a machacarte contra el suelo!



«Socorro.»

De repente el despacho de la directora no parecía un lugar tan terrible. Aquel tipo, quienquiera que fuese, jamás se atrevería a hacerme daño en el despacho de la directora.

—¡Necesitarás cirugía estética cuando termine contigo! —aulló el tipo.

Abrí la puerta y me metí dentro del despacho. Tras la mesa, una mujer corpulenta con los cabellos grises como el acero estaba sentada escribiendo.

—¿Sí? —preguntó—. ¿Qué ocurre?

Hice una pausa para recobrar el aliento. ¿Para qué me habían mandado allí? Ah, sí, la clase de lengua.

—Me ha enviado el profesor de lengua —expliqué—. Supongo que he metido la pata.

—Siéntate, Matt. —La directora me ofreció una silla. Parecía una mujer simpática; no alzó la voz—. ¿Qué ha pasado?

—Ha habido un error —empecé diciendo—. No me corresponde estar aquí. ¡No debería estar en el instituto!

—¿De qué demonios estás hablando? —me preguntó ella frunciendo el ceño.

—¡Tengo doce años! —exclamé—. ¡Soy un alumno de séptimo curso! No puedo hacer las tareas del instituto. ¡Todavía debería estar en el colegio!

La mujer se quedó perpleja. Alargó una mano y apretó el dorso contra mi frente.

«Está comprobando si tengo fiebre —comprendí—. Debe de pensar que soy una especie de maníaco.»

—Matt —dijo, hablando despacio y con claridad—, estás en el undécimo curso y no en el séptimo. ¿Lo entiendes?

—Ya sé que parezco un alumno de undécimo —expliqué—. ¡Pero no puedo seguir las clases! Ahora mismo, en la clase de lengua, estaban leyendo un libro gordísimo titulado *Anna* no sé qué. ¡Ni siquiera he podido leer una frase!

—Tranquilízate, Matt. —La directora se levantó para ir hasta un archivador—. Puedes hacerlo. Te lo demostraré.

Sacó un fichero y lo abrió. Yo lo miré. Era un expediente académico con las notas y comentarios. Mi nombre encabezaba el gráfico, y allí estaban mis notas del séptimo, octavo, noveno y décimo cursos, así como las de la primera mitad del undécimo.

—¿Lo ves? —preguntó la señora McNab—, Puedes hacerlo. Has sacado notable en casi todo cada año. —Incluso había algunos sobresalientes.

—Pero... pero aún no he hecho todo esto —protesté. ¿Qué estaba pasando? ¿Cómo había ido a parar al futuro? ¿Qué había pasado con todos los años anteriores?—. Señora McNab, usted no lo comprende —insistí—. Ayer, tenía doce años. Hoy, cuando me he despertado, ¡tenía dieciséis! ¡Pero mi cerebro sigue teniendo sólo doce!

—Sí, lo sé —replicó la señora McNab.

6

—Sí, sé que lees muchos libros de ciencia ficción —prosiguió la señora McNab—, pero no esperarás que me crea esa tontería, ¿verdad?

La señora McNab se cruzó de brazos y suspiró. Me di cuenta de que estaba perdiendo la paciencia conmigo.

—Ahora tienes clase de gimnasia, ¿no? —dijo.

—¿Qué?

—Esto no es más que una broma, ¿a que sí? —Eché un vistazo a mi horario, que estaba grapado al expediente—. Lo sabía —musitó—. Tu próxima clase es la de gimnasia e intentas saltártela.

—¡No! ¡Estoy diciendo la verdad!

—Vas a ir a la clase de gimnasia, jovencito —me ordenó ella—. Empieza dentro de cinco minutos.

La miré fijamente, con los pies clavados al suelo. Debería haber supuesto que no me creería.

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —Salí del despacho retrocediendo y eché a correr por el pasillo. La señora McNab asomó la cabeza por la puerta.

—¡No se corre por los pasillos! —gritó.

Pam y Greg siempre decían que el instituto era duro, pensé mientras me apresuraba para llegar al gimnasio, ¡pero aquello era una pesadilla!

El profesor de gimnasia, un tipo robusto con un tupé negro, hizo sonar su silbato.

—¡Voleibol! —gritó—. Alineaos para elegir los equipos.

Escogió dos capitanes de equipo, los cuales empezaron a escoger sus equipos.

«No me elijáis, no me elijáis», supliqué en silencio, pero una de las capitanas, una chica rubia llamada Lisa, me escogió. Nos colocamos junto a la red de voleibol. El otro equipo hizo el saque inicial. La pelota voló hacia mí como una bala.

—¡La tengo! ¡La tengo! —exclamé, alzando los brazos para golpearla.

¡Clonc! La pelota me dio en la cabeza.

—¡Ay! —Me froté la cabeza dolorida. Había olvidado que mi cabeza estaba mucho más alta de lo que solía estar.

—¡Despierta, Matt! —me llamó la atención Lisa.

Tuve la sensación de que el voleibol no se me iba a dar demasiado bien. La pelota se acercó volando de nuevo.

—¡A por ella, Matt! —gritó alguien.

Esta vez alcé más los brazos, pero tropecé con mis gigantescos pies y me caí sobre el chico que había junto a mí.

—¡Cuidado, hombre! —gritó el chico—. ¡Sal de encima de mí! —Luego se apretó el codo—. ¡Ay! Me duele el codo.

El profesor hizo sonar el silbato y se acercó corriendo al chico.

—Será mejor que vayas a la enfermería —le aconsejó.

El chico salió del gimnasio cojeando.

—Estupendo, Matt —comentó Lisa sarcástica—. Intenta hacer algo bien esta vez, ¿de acuerdo?

Me puse rojo como un tomate. Sabía que parecía un tonto, ¡pero no estaba acostumbrado a ser tan alto, ni a tener unos pies y unas manos tan grandes! No sabía cómo controlar mi cuerpo.

Conseguí que pasaran varios puntos sin enredar las cosas.

En realidad, la pelota no pasó cerca de mí, de modo que no tuve la ocasión.

—Sacas tú, Matt —me propuso Lisa de pronto.

Yo sabía que iba a llegar ese momento. Había estado observando cómo sacaban todos los demás para aprender a hacerlo.

«Esta vez todo saldrá bien —me prometí a mí mismo—. Voy a sacar y voy a conseguir un punto para mi equipo. Así no se enfadarán conmigo por hacerles perder el partido.»

Lancé la pelota al aire y la golpeé con el puño con todas mis fuerzas, intentando conseguir que traspasara la red. ¡Golpeé aquella pelota con más fuerza de la que había empleado en toda mi vida con cualquier otra cosa. Siseó por los aires a tal velocidad que apenas podía verse.

—¡Ay!

Lisa se dobló sobre sí misma, sujetándose un lado de la cabeza.

—¿Por qué la has tenido que tirar tan fuerte? —protestó Lisa, frotándose la cabeza. El profesor se la examinó.

—Tienes una contusión —dijo—. Será mejor que vayas también a la enfermería.

Lisa me lanzó una mirada indignada y se alejó tambaleándose. El profesor me miró extrañado.

—¿Qué te pasa? ¿No controlas tu propia fuerza? ¿O es que quieres acabar con tus compañeros de clase, uno a uno?

—Yo-yo no lo he hecho a propósito —tartamudeé—. ¡Se lo juro!

—Vete a la ducha, chaval —contestó el profesor.

Encaminé mis pasos al vestuario con la cabeza gacha y arrastrando los pies. «El día no puede ser peor —pensé—. Es imposible.» Aun así, ¿para qué arriesgarse? Era la hora de comer. Me quedaban la mitad de las clases, pero no iba a quedarme allí. No sabía adónde ir ni qué hacer. Sólo sabía que no podía seguir en el instituto; era horrible. Si alguna vez volvía a mi vida normal, me saltaría esa parte.

Abandoné el gimnasio y salí corriendo por el pasillo a toda velocidad. Traspasé la puerta de la calle y miré hacia atrás. ¿Me perseguía el grandullón? ¿Me había visto escabullirme la directora?

No había nadie a la vista. Tenía el camino despejado. Entonces... «¡uf!» Oh, no. ¡Otra vez no!

7

Tropecé con alguien, reboté hacia atrás y aterricé en el suelo con un ruido sordo, ¡Ay! ¿Qué había ocurrido? En la acera, había una chica, sentada con libros esparcidos alrededor. La ayudé a ponerse en pie.

—¿Estás bien? —pregunté.

Ella asintió.

—Lo siento mucho —me disculpé—. No sé qué me pasa hoy.

—No te preocupes —dijo ella sonriendo—. No me he hecho daño. —No era una chica de instituto, sino que parecía de mi edad. Es decir, de la edad, que yo creía que tenía: doce años.

Era guapa, con largos y espesos cabellos rubios recogidos en una cola y chispeantes ojos azules. Se agachó para recoger sus cosas.

—Te ayudaré —me ofrecí, y me agaché a por un libro.

«¡CLONC!» Mi cabeza golpeó contra la suya.

—¡Lo he vuelto a hacer! —exclamé, harto ya de todo aquello.

—No te preocupes —repitió la niña, recogiendo el resto de sus libros—. Me llamo Lacie —se presentó.

—Yo, Matt.

—¿Qué te ocurre, Matt? —preguntó—. ¿Por qué tienes tanta prisa?

¿Qué podía decirle? ¿Que mi vida entera había dado un vuelco?

En ese momento las puertas del instituto se abrieron de par en par y la señora McNab salió fuera.

—Tengo que marcharme —contesté—. Tengo que irme a casa. Hasta luego.

Corrí calle abajo antes de que la señora McNab pudiera divisarme.

Al llegar a casa, me desplomé en el sofá. Había sido un día terrible, aunque al menos había conseguido llegar a casa antes de que aquel grandullón me diera una paliza. Pero ¿qué iba a hacer al día siguiente?

Miré la tele hasta que Pam y Greg volvieron del colegio. Pam y Greg; me había olvidado de ellos.

Ahora eran unos niños y parecían esperar que yo los cuidara.

—¡Prepáranos la merienda! ¡Prepáranos la merienda! —pidió Pam.

—Prepáratela tú —le espeté.

—¡Se lo diré a mamá! —exclamó ella—. ¡Tú tienes que prepararnos la merienda, y tengo hambre!

Recordé la excusa que Pam y Greg usaban siempre cuando no querían hacer algo para mí.

—Tengo que hacer deberes —afirmé.

«Oh, sí —me dije—. Seguramente es verdad que tengo deberes, y del instituto. Es imposible. No podré hacerlos. Pero si no los hago, mañana estaré en apuros, en más de un sentido —pensé, recordando al grandullón—. ¿Y qué le he hecho yo?»

Cuando llegó la hora de acostarse, me dirigí a mi antiguo cuarto, pero Pam dormía allí, de modo que volví a la habitación de invitados y me metí en la cama.

«¿Qué voy a hacer?», me pregunté, muy preocupado, antes de que se me cerraran los ojos.

«No sé qué está pasando. No doy una a derechas. ¿Es así como va a ser el resto de mi vida?»



Abrí los ojos.

El sol entraba a raudales por la ventana. Era la mañana.

«Fantástico —pensé—. Hora de levantarse para otro fabuloso día de instituto.»

Volví a cerrar los ojos. «No puedo enfrentarme a ello —me dije—. Quizá si me quedo en la cama, todos mis problemas desaparecerán.»

—¡Matt! ¡Hora de levantarse! —llamó mamá.

Suspiré. Mamá nunca me dejaría perder un día de escuela. No había escapatoria.

—¡Matt! —volvió a gritar.

«Su voz suena rara —pensé—. Más aguda de lo normal. A lo mejor no está cansada por una vez.»

Me levanté de la cama con un supremo esfuerzo y puse los pies en el suelo. Un momento... mis pies. Me los quedé mirando porque tenían un aspecto diferente, es decir, eran como antes. Ya no eran grandes. ¡Mis viejos pies habían vuelto!

Me miré las manos y agité los dedos. ¡Era yo! ¡Mi auténtico yo! Corrí al cuarto de baño para comprobarlo en el espejo. Tenía que asegurarme. Encendí la luz y... ahí estaba yo... ¡un niño enclenque de doce años! Empecé a dar brincos.

—¡Yupiii! ¡Tengo doce años! ¡Tengo doce años!

¡Todos mis problemas se habían solucionado!

¡No tenía que ir al instituto! ¡No tendría que enfrentarme con aquel matón! ¡La pesadilla había terminado!

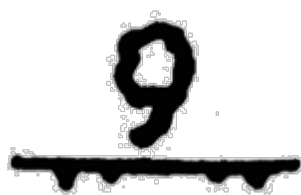
Ahora todo volvía a ser normal. Incluso esperaba con impaciencia el momento de ver a Pam, Greg y Biggie en sus familiares versiones gruñonas.

—¡Matt! ¡Vas a llegar tarde! —gritó mamá.

«¿Se habrá resfriado o algo así?», me pregunté mientras me vestía rápidamente y corría escaleras abajo. Su voz era realmente distinta. Prácticamente entré deslizándome en la cocina.

—Hoy tomaré cereales, mamá...

Me detuve. Había dos personas sentadas a la mesa, un hombre y una mujer, a los que yo jamás había visto.



—Te he preparado tostadas, Matt —dijo la mujer.

—¿Dónde está mi madre? —pregunté—. ¿Dónde están Pam y Greg?

El hombre y la mujer me miraron con rostro inexpresivo.

—¿Te sientes un poco desorientado hoy, hijo? —preguntó el hombre.

¿Hijo?

La mujer se levantó para recoger la cocina.

—Bébetelo zumo, cariño. Hoy te dejaré papá en el colegio.

¿Papá?

—¡Yo no tengo papá! —insistí—. ¡Mi padre murió cuando yo era un bebé!

El hombre sacudió la cabeza y mordió un trozo de tostada.

—Ya me dijeron que a esta edad empezaban a hacer cosas raras, pero no me imaginaba que lo fueran tanto.

—¿Dónde están? —pregunté—. ¿Qué han hecho con mi familia?

—Hoy no estoy de humor para bromas, Matt —advirtió el hombre—. Venga, termina ya.

Un gato entró en la cocina sigilosamente y se frotó contra mis piernas.

—¿Qué hace este gato aquí? —pregunté—. ¿Dónde está Biggie?

—¿Quién es Biggie? ¿De qué estás hablando? —me interrogó la mujer.

Empezaba a sentirme asustado. El corazón me latía con violencia. Las piernas me flaqueaban. Me dejé caer en una silla y

me bebí el zumo.

—¿Me están diciendo que... son mis padres ?

—Soy tu madre —me explicó la mujer, besándome en la cabeza—.
—Éste es tu padre. Éste es tu gato. Punto.

—¿No tengo hermanos?

—¿Hermanos? —La mujer enarcó una ceja y miró al hombre—.
No, querido.

Me encogí en la silla. Mi auténtica madre jamás me llamaría «querido».

—Ya sé que quieres un hermano —prosiguió la mujer—. Pero en realidad no te gustaría. No se te da bien compartir.

No pude soportarlo más.

—De acuerdo, basta ya —pedí—. Dejen de hacer el tonto. Quiero saber ahora mismo por qué me está ocurriendo esto a mí.

Mis «padres» intercambiaron una mirada. Luego se volvieron hacia mí.

—¡Quiero saber quiénes son ustedes! —exclamé, temblando de pies a cabeza—. ¿Dónde está mi verdadera familia? ¡Quiero respuestas ahora mismo!

El hombre se levantó y me tomó del brazo.

—Al coche, hijo —me ordenó.

—¡No! —chillé.

—Se ha terminado la broma. Ahora nos vamos.

No tuve alternativa. Le seguí hasta un coche nuevo y reluciente que no se parecía en nada al viejo coche destartado de mi auténtica madre. Me subí a él. La mujer salió corriendo de casa.

—¡No te olvides los libros! —gritó, y metió una mochila por mi ventanilla. Luego volvió a besarme.

—¡Agg! —exclamé, encogiéndome—. ¡Basta ya! —No la conocía lo suficiente para dejar que me besara.

El hombre puso el coche en marcha y salimos del sendero de entrada a la calle.

—¡Que tengas un buen día en el colegio! —gritó la mujer agitando la mano.

«Hablan en serio —me dije—. Creen de verdad que son mis padres.»

Me estremecí. ¿Qué me estaba ocurriendo?

10

Un día soy un niño de doce años normal y corriente. De pronto, al día siguiente tengo dieciséis años. Al otro día, vuelvo a tener doce, ¡pero vivo en una familia completamente distinta!

Miré por la ventanilla mientras «papá» conducía. Atravesábamos un barrio que yo no había visto antes.

—¿Adónde vamos? —pregunté con voz débil.

—Te llevo a la escuela. ¿Qué pensabas, que íbamos al circo? —contestó el hombre.

—Este no es el camino de la escuela —comenté.

El hombre resopló y meneó la cabeza porque no me creía. Detuvo el coche frente a un colegio, aunque no el mío. Nunca había estado en aquel lugar.

—Muy bien, hijo. Que tengas un buen día. —El hombre se inclinó sobre mí y me abrió la puerta del coche.

¿Qué podía hacer yo? Bajé del coche y «papá» aceleró. «¿Y ahora qué? —pensé yo—. Vuelvo a tener doce años, pero estoy en una escuela completamente distinta. ¿Estoy despierto?» Me di una patada en la espinilla para comprobarlo.

¡Ay! Me dolía. Supuse que eso significaba que estaba despierto. Montones de niños entraban en la escuela. Les seguí, sin saber qué otra cosa podía hacer. Delante de mí vi a una niña con una larga cola de caballo rubia, que se dio la vuelta y me sonrió. Su rostro me resultaba familiar. ¿Dónde la había visto antes?

—Hola —saludé.

—Hola —contestó ella. Sus ojos azules me miraron

centelleantes.

—Me llamo Matt —añadí, devanándome aún los sesos para descubrir de qué la conocía.

—Y yo Lacie.

—¡Lacie! Claro. —Había tropezado con ella el día anterior... en la puerta del horrible instituto.

Iba a decirle: «Nos conocimos ayer, ¿recuerdas?», pero me contuve. ¿Me había reconocido ella? No sabría decirlo, pero ¿cómo iba a reconocermme si tenía un aspecto completamente distinto? ¿Cómo podía ella adivinar que el niño de doce años que caminaba a su lado era también el torpe adolescente del día anterior?

—¿Qué tienes a primera hora? —me preguntó—. Yo voy a comer.

—¿A comer? ¡Pero si son las ocho y media de la mañana!

—Eres nuevo aquí, ¿verdad? —dijo ella.

Asentí.

—Esta escuela está tan llena que no cabe todo el mundo en la cafetería a la hora de comer —me explicó—, así que tengo que comer ahora.

—Yo también —mentí. O quizá no fuera una mentira. No tenía ni idea. Ya no sabía qué estaba pasando. La escuela empezaba a darme más problemas que otra cosa. Seguí a Lacie a la cafetería y comprobé que realmente servían la comida. En el ambiente flotaba un fuerte olor a coles de Bruselas que me produjo náuseas.

—Es demasiado pronto para comer coles de Bruselas —comenté.

—Vamos al patio a comer —sugirió Lacie—. Hace un bonito día.

Abandonamos la cafetería y nos sentamos debajo de un árbol. Lacie llevaba un cartón de leche con cacao. Yo revolví en mi mochila buscando algo para comer. Supuse que mi nueva «mamá» debía de haberme puesto algo.

Desde luego que me lo había preparado: pan con salchichas y ketchup, una bolsa de plástico pequeña con tiras de zanahoria, y flan de vainilla de postre. O sea, todo lo que detesto.

—¿Quieres esto? —preguntó Lacie, mostrándome una magdalena de chocolate—. A mí no me apetece a esta hora de la mañana.

—Gracias. —Acepté la magdalena.

Lacie parecía muy simpática. Era la persona más agradable con que me había encontrado desde que mi vida se había convertido en una pesadilla. De hecho, era la única. Quizás ella me comprendiera. Yo necesitaba hablar con alguien porque me sentía muy solo.

—¿Te suena mi cara? —le pregunté.

Ella me observó.

—Sí que me suena —contestó—. Estoy segura de que te he visto por la escuela...

—No me refiero a eso. —Decidí contarle lo que me había pasado. Sabía que le parecería raro, pero tenía que decírselo a alguien. Empecé poco a poco.

—¿Pasaste ayer por delante del instituto?

—Sí, paso por allí cada día de camino a casa.

—¿Tropezaste con alguien ayer? ¿Con un adolescente? ¿Delante del instituto?

Ella fue a responder, pero algo llamó su atención. Seguí su mirada hasta la puerta de la escuela. Avanzaban hacia nosotros dos tipos con pinta de duros, que vestían tejanos negros y camisetas del mismo color. Uno llevaba un pañuelo azul alrededor de la cabeza. El otro se había arrancado las mangas de la camiseta para mostrar sus brazos musculosos. Debían de tener dieciséis o diecisiete años como mínimo. ¿Qué estaban haciendo allí?

Venían directamente hacia nosotros. Mi corazón empezó a latir con violencia. Algo me decía que debía temerles. Quizás era su torva expresión.

—¿Quiénes son éstos? —pregunté.

Lacie no respondió. No tuvo tiempo. Uno de los tipos de negro me señaló.

—¡Ahí está! —gritó.

—¡A por él!



Los dos tipos se acercaron corriendo hacia mí. ¿Quiénes eran? No lo sabía, pero no me paré a pensarlo. Me puse en pie de un salto y corrí a todo trapo. Miré hacia atrás, ¿Me perseguían ?

—¡Deténlo! —gritó uno de ellos.

Lacie se puso delante de ellos para impedirles el paso.

—Gracias, Lacie —susurré. Me apresuré a salir del patio de la escuela y corrí por aquel barrio desconocido, intentando recordar cómo se volvía a casa. Me detuve a unas cuantas manzanas de la escuela para recobrar el aliento. No había ni rastro de los dos chicos, ni tampoco de Lacie.

«Espero que esté bien», pensé. No parecía que aquellos dos quisieran hacerle daño a ella. Querían hacérmelo a mí. Pero ¿por qué?

El día anterior un matón me decía que quería darme una paliza después de clase. Ahora, en mi nuevo y extraño mundo, no lo había visto. Ninguno de los dos tipos de negro se parecía a él, eran dos matones diferentes.

«Necesito ayuda —me dije—. No sé qué está pasando, pero es demasiado para mí, y estoy asustado. Ya no sé ni quién soy.»

Vagué por las calles hasta que por fin conseguí llegar a casa. «Mamá» y «papá» habían salido. La puerta de la calle estaba cerrada, así que me metí dentro por la ventana de la cocina. Mi auténtica madre había desaparecido, igual que mis hermanos y mi perro.

«Pero debe de haber alguien más a quien yo conozca —pensé—.

Alguien, en algún lugar, que pueda ayudarme. Quizá mi verdadera madre se haya ido a otro sitio. Quizás a visitar a unos parientes o algo así.»

Decidí probar con tía Margaret y tío Andy, y marqué su número. Un hombre contestó al teléfono.

—¡Tío Andy! —exclamé—. ¡Soy yo, Matt!

—¿Quién es? —preguntó la voz.

—¡Matt! —repetí—. ¡Tu sobrino!

—No conozco a ningún Matt —replicó el hombre con aspereza—. Debes de haberte equivocado de número.

—¡No... tío Andy, espera! —grité.

—No me llamo Andy —gruñó el hombre, y colgó.

Me quedé mirando el teléfono, asombrado. Desde luego aquel hombre no parecía el tío Andy.

«Supongo que me habré equivocado de número», pensé, y volví a marcar.

—¿Diga? —Era el mismo hombre.

—¿Está Andy Amsterdam, por favor? —pregunté, intentando emplear un nuevo enfoque.

—¡Otra vez tú! No hay ningún Andy aquí, chaval —respondió el hombre—. Te has equivocado de número.

Me colgó. Intenté no dejarme llevar por el pánico, pero me temblaban las manos. Llamé a información.

—¿El nombre del abonado, por favor? —preguntó la operadora.

—Andrew Amsterdam —dije,

—Un momento, por favor —me respondió ella. Al cabo de un minuto añadió—: Lo siento, no consta ningún número con ese nombre.

—Quizá si se lo deletreo —insistí—. A-M-S-T...

—Ya lo he consultado, señor. No hay ningún número con ese nombre.

—¿Podría probar con Margaret Amsterdam, entonces?

—No hay ningún Amsterdam, señor.

El corazón me dio un vuelco cuando colgué. «No puede ser —pensé—. ¡Debe de haber alguien a quien conozca en alguna parte! No voy a rendirme. Probaré con el primo Chris.»

Llamé al número de Chris, pero me contestó otra persona. Era

como si Chris no existiera, ni tampoco el tío Andy, ni mi madre, ni ninguna de las demás personas a las que conocía. ¿Cómo podía haber desaparecido toda mi familia? La única persona a la que conocía era Lacie, pero no podía llamarla. Ni siquiera sabía su apellido.

Se abrió la puerta de la calle y la mujer que se consideraba a sí misma mi madre entró cargada con las bolsas de la compra.

—¡Matt, querido! ¿Qué haces en casa a estas horas?

—A ti qué te importa —espeté.

—¡Matt! ¡No seas maleducado! —me riñó ella.

Supongo que no debería haberle contestado mal, pero ¿qué más daba? En realidad no era mi madre. Mi verdadera madre había desaparecido de la faz de la Tierra.

Me estremecí, comprendiendo que estaba completamente solo en el mundo, No conocía a nadie... ¡ni siquiera a mis padres!

12

—Hora de acostarse, cariño —dijo mi falsa madre alegremente.

Me había pasado toda la tarde delante de la televisión, viéndola, pero sin mirarla. Comprendí que quizá sería mejor dejar de pensar que eran unos padres falsos.

«Son muy reales. Quizá tenga que quedarme con ellos para siempre. Lo descubriré por la mañana», me dije, subiendo las escaleras pesadamente. Mi vieja habitación se había convertido en un cuarto de costura, de modo que volví a meterme en la habitación de invitados para dormir.

—Buenas noches, querido —se despidió «mamá», dándome un beso de buenas noches. ¿Por qué no dejaba de besuquearme? Apagó la luz y se despidió—: Hasta mañana.

La mañana. Tenía terror a la mañana. Hasta entonces, cada nuevo día había sido más raro que el anterior.

Me daba miedo dormirme. ¿Dónde y cómo me despertaría? Sería fantástico que desaparecieran aquellos falsos padres. Pero ¿quién ocuparía su lugar? ¿Quizá despertaría y el mundo entero habría desaparecido!

Me esforcé por permanecer despierto. «Por favor —rogué—. Por favor, que todo vuelva a ser normal. Incluso me alegraría de volver a ver a Greg y Pam si todo vuelve a ser normal...»

Debí de quedarme dormido porque cuando abrí los ojos, ya era de día. Me quedé inmóvil unos instantes. ¿Había cambiado algo? Oí ruidos en la casa. Seguro que había otras personas allí, en realidad

muchas personas. Los latidos de mi corazón se aceleraron.

«Oh, no —pensé—. ¿Qué me espera hoy?» Oí a alguien tocando un acordeón. Eso demostraba sin lugar a dudas que mi verdadera familia no había vuelto. Pero lo primero era lo primero. ¿Qué edad tenía? Me miré las manos, que parecían un poco pequeñas. Me levanté y me metí en el cuarto de baño, intentando no asustarme. Empezaba a estar harto de aquella rutina matinal.

El espejo del cuarto de baño parecía estar más alto de lo habitual. Me miré la cara. Ya no tenía doce años, eso seguro, más bien unos ocho. «Ocho años —pensé con un suspiro—. Entonces estoy en tercero. Bueno, al menos podré hacer los deberes de matemáticas.»

De repente, sentí un dolor agudo en la espalda. ¡Ay! ¡Garras! ¡Unas garras diminutas se clavaban en mi espalda! Al hundirse en mi carne chillé.

13

¡Algo había saltado sobre mi espalda!

Un rostro diminuto y peludo apareció en el espejo. ¡Un animal se había colocado en mi hombro!

—¡Vete! ¡Vete! —grité.

—¡liiii! ¡liiii! —chilló el animal.

Salí corriendo al pasillo, y estuve a punto de chocar contra un hombre corpulento.

—¡Quítame esta cosa de encima! —pedí.

El hombre se llevó el animal de mi hombro en medio de carcajadas estentóreas, como una especie de malvado Santa Claus.

—¿Qué te pasa, Matt? —preguntó con voz resonante—. ¿Ahora te da miedo Pansy?

¿Pansy? El hombre acunó al animal en sus brazos. Era un mono. El hombre me revolvió los cabellos.

—Vístete, muchacho. Esta mañana tenemos ensayo.

¿Ensayo? ¿Qué significaba eso? Miré al hombre fijamente. Era corpulento, con el vientre abultado, pelo negro y liso, y largos bigotes. Lo más raro de todo era su indumentaria: un traje rojo brillante con adornos dorados y cinturón también dorado.

«¡Oh, no! —pensé consternado—. Este no puede ser... ¿mi padre?»

—¡Grub! —gritó una mujer desde abajo. El hombre me entregó unas ropas.

—Ponte tu traje —me pidió—. Luego baja a desayunar, hijo.

Lo sabía. Era mi padre, al menos por un día. Mi «familia»

empeoraba cada mañana.

—¡GRUUUUUUUB! —chilló la mujer una vez más.

«Supongo que ésa será mamá —pensé, acongojado—. ¡Qué cariñosa!»

De los otros dormitorios empezaron a salir niños. Parecía que había docenas de ellos, todos de edades distintas, pero los conté y sólo eran seis. Di un repaso a los hechos: yo tenía ocho años, seis hermanos y un mono como mascota. Aún no había visto a mi madre, pero mi padre era un auténtico mamarracho.

«Y ahora tengo que llevar una especie de traje de artista de feria», pensé, mirando la ropa que me había dado el hombre. Era un traje azul ajustado con leotardos. La parte de abajo era azul con rayas blancas. La parte de arriba tenía estrellas blancas. ¿Qué era eso? ¿Y qué tipo de ensayo me esperaba? ¿Era de una obra de teatro, o algo así? Me puse el traje, que se adaptó a mi cuerpo como una segunda piel. Me sentí como un tonto. Luego bajé a desayunar.

La cocina era una casa de locos; los demás niños reían, chillaban y se tiraban comida. Pansy brincaba alrededor de la mesa, robando trozos de beicon. Una mujer alta y delgada amontonaba tortitas en platos. Llevaba un vestido largo de lentejuelas de color púrpura y una corona plateada. Era mi nueva madre.

—¡Date prisa y come, Matt, antes de que se acabe todo! —gritó.

Me hice con uno de los platos y empecé a comer. Tenía que ahuyentar a Pansy a cada momento.

—¿Verdad que Matt está monísimo con su trajecito de superhéroe? —preguntó una de las chicas con tono de mofa. Debía de ser una de mis hermanas mayores.

—Tan mono como Pansy —contestó uno de los chicos sarcásticamente. Parecía tener unos dos años más que yo. Me pellizcó la mejilla, muy fuerte, demasiado—. El monísimo Matt —se burló—. Gran estrella del circo.

¡El circo! Dejé caer el tenedor. Un escalofrío me recorrió la espalda. ¿Formaba parte de un circo? Los estúpidos trajes, el mono, todo cobró sentido. Enterré la cabeza entre las manos. Matthew Amsterdam, chico del circo. Sentí deseos de llorar.

Tuve la impresión de que mi hermano estaba celoso, como si él quisiera ser la estrella del estúpido circo. Por mí como si lo fuera.

Desde luego, yo no quería ser la estrella de ningún circo.

—Dejad tranquilo a Matt o le entrará el miedo escénico de nuevo —les riñó la madre.

Observé al resto de la familia. Todos llevaban trajes llamativos. Formaba parte de una familia circense. Las tortitas me cayeron en el estómago como una piedra. Nunca me había gustado el circo, incluso de pequeño lo detestaba. Pero ahora el circo era mi vida, y yo era la estrella. Perfecto.

—¡Hora de ensayar! —gritó el padre. Se puso una chistera negra en la cabeza e hizo restallar un látigo sobre las escaleras—. ¡En marcha!

Dejamos los platos sobre la mesa y nos amontonamos en una vieja furgoneta destartalada. Mamá condujo a unos ciento cuarenta kilómetros por hora. Mis hermanos no dejaron de pelearse durante el camino y una de las niñas pequeñas no hacía más que pellizcarme, la otra me pegaba.

—¡Dejadme en paz! —espeté. ¿Por qué no podía despertarme en un mundo con hermanos agradables para variar?

La furgoneta entró traqueteando en un recinto ferial y se detuvo frente a una enorme carpa circense.

—¡Abajo todo el mundo! —ordenó papá.

Me di empujones con mis hermanos para conseguir apearme de la furgoneta. Luego los seguí al interior de la carpa. Lo que vi me impresionó. Había otras personas ensayando sus actuaciones. Vi a un hombre en lo alto de un alambre cerca del techo de la carpa. Un elefante se levantaba sobre sus patas traseras y bailaba. Unos payasos iban de un lado a otro en coches de juguete, haciendo sonar la bocina.

«¿En qué consistirá mi número?», me pregunté. Dos de mis hermanas subieron rápidamente por una escala y empezaron a ensayar un número de trapecio. Yo las contemplé aterrorizado. «¡El trapecio! Ni hablar. No conseguirán subirme allí. ¡Ni hablar! Por favor, que no sea el trapecio», rogué.

—Vamos, Matt —dijo papá—. Empecemos.

«El trapecio no, el trapecio no», imploré para mis adentros.

Papá me alejó del trapecio, y yo me relajé. Fuera lo que fuera, no podía ser peor que balancearse en un trapecio, ¿no?

No. Papá me llevó al fondo de la carpa. Yo le seguí a través de un laberinto de jaulas de animales. Papá se acercó a una de ellas con paso decidido y abrió la puerta.

—Muy bien, hijo —vociferó—. Entra.

Me quedé boquiabierto. No daba crédito a mis oídos.

—¿E-e-e-entrar? —tartamudeé—. Pero... ¡hay un león en la jaula!

El animal abrió sus enormes fauces y rugió. Yo retrocedí, temblando.

—¿Vas a entrar? —preguntó papá, azuzándome con la punta del látigo—. ¿O tengo que empujarte?

No me moví. No podía.

De modo que papá me metió en la jaula del león de un empujón y... cerró la puerta.

14

Retrocedí hasta chocar con un lado de la jaula, hasta que las frías barras de acero se me clavaron en la espalda. Me temblaban tanto las piernas que pensé que caería de bruces al suelo. El león me miró fijamente y olisqueó el aire.

He oído decir que los animales huelen el miedo, por lo que a aquel león se le llenó la nariz. Mi «padre», el domador de leones, estaba a mi lado en la jaula.

—Hoy vamos a probar un truco nuevo, Matt —propuso—. Vas a montar al león.

Me sentí como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago. ¿Yo iba a montar al león? ¡Ya!, y qué más.

«Menudo padre me ha tocado —pensé—, que alimenta a un león con su propio hijo.»

El animal se levantó. Yo no apartaba los ojos de él, temblando de miedo.

¡GGRRRRRRR! El aliento del león me sopló en la cara como un viento cálido. Se me pusieron los pelos de punta. El animal avanzó hacia nosotros y papá hizo restallar el látigo.

—¡Ja! —gritó.

El león retrocedió, lamiéndose el hocico.

—Vamos, muchacho —me animó papá con voz resonante—. Súbete a lomos de Hércules. Luego deslízate hasta los hombros. Yo usaré el látigo para hacer que camine por la jaula.

No pude pronunciar palabra. Me quedé mirando a aquel hombre con absoluta incredulidad.

—¿Por qué me miras así? No tendrás miedo de Hércules, ¿no?

—¿M-miedo? —balbucí «Miedo» no era la palabra. Terror, horror, espanto, quizá. Pero ¿miedo? No.

El hombre volvió a hacer restallar el látigo.

—¡Ningún hijo mío es un cobarde! —bramó—. ¡Súbete a ese león ahora mismo! —Luego se inclinó hacia mí y susurró—: Sólo has de tener cuidado de que no te muerda. Recuerda a tu pobre hermano Tom. Todavía no ha aprendido a escribir con la mano izquierda.

El hombre hizo restallar el látigo... justo a mis pies, pero yo no pensaba montar el león. Ni hablar. Y no podía permanecer en aquella jaula ni un segundo más. Papá hizo restallar el látigo a mis pies otra vez y yo di un bote.

—¡Noooo! —chillé.

Abrí la puerta de la jaula de un tirón y salí corriendo tan deprisa que papá no tuvo tiempo de reaccionar. Abandoné la carpa a la carrera. Mi cerebro gritaba: «¡Escóndete! ¡Encuentra un escondite, deprisa!»

Divisé un par de remolques en el aparcamiento. Corrí hacia la parte posterior de uno de ellos... y me di de morros contra Lacie.

—¡Otra vez tú! —exclamé jadeando. Era extraña su forma de aparecer en todas partes—. Tengo que esconderme —le dije—. ¡Estoy metido en un buen lío!

—¿Qué pasa, Matt? —preguntó ella.

—¡Estoy a punto de convertirme en comida para leones! —exclamé—. ¡Ayúdame!

Lacie tiró del pomo de la puerta del remolque, pero estaba cerrada.

—¡Oh, no! —gemí—. ¡Mira!

Señalé a dos chicos que corrían hacia nosotros. Los había visto antes. Eran los dos tipos de negro. ¡Venían a por mí!

Eché a correr. No tenía adonde ir, ni lugar en que esconderme, salvo el interior de la carpa. Irrumpí en la carpa, apartando bruscamente la lona de la entrada, e intenté recobrar el aliento mientras mis ojos se adaptaban a la penumbra.

—¡Ahí dentro! ¡Se ha metido en la carpa! —oí gritar a uno de los chicos.

Avancé torpemente por el oscuro interior de la carpa, buscando un lugar donde esconderme.

—¡A por él! —Los dos tipos habían entrado en la carpa.

Corrí a ciegas... y me metí directamente en la jaula del león.

15

Cerré la puerta de la jaula con fuerza. Los dos chicos de negro se aferraron a las barras de acero y las sacudieron.

—¡No escaparás! —gritó uno de ellos.

Mi «padre», el domador de leones, se había ido. Yo estaba solo en la jaula... con Hércules.

—Tranquilo, chico. Tranquilo... —murmuré avanzando centímetro a centímetro a lo largo de un lado de la jaula. El león se quedó en el centro, observándome.

Los dos tipos volvieron a sacudir la puerta de la jaula, que se abrió. Entonces entraron, mirándome furiosamente.

—No escaparás tan fácilmente —me advirtió uno de ellos. El león les gruñó.

—No es más que un viejo león de circo —dijo el otro—. No nos hará daño.

Sin embargo, noté que no estaban muy convencidos de lo que decían. Hércules les volvió a gruñir, con más fuerza esta vez, y ellos se detuvieron en seco. Yo avancé un poco más hacia el otro lado de la jaula. Tenía que ponerme detrás del león para que éste se interpusiera entre los dos tipos de negro y yo. Era mi única esperanza.

Uno de ellos dio un sigiloso paso hacia delante y el animal soltó un rugido. El tipo retrocedió.

Los ojos de león se debatían entre aquellos chicos y yo. Sabía que intentaba decidir cuál sería más apetitoso.

—Será mejor que salgáis de aquí —les advertí—. Hércules aún

no ha comido.

Los dos tipos miraron a Hércules con cautela.

—A mí no me atacará —les avisé, tirándome un farol—. Soy su amo. Pero si yo se lo ordeno, ¡se os lanzará al cuello!

Ambos intercambiaron miradas.

—Está mintiendo —dijo uno. El otro no parecía muy seguro.

—No miento —insistí—. Salid de aquí ahora mismo. ¡O le azuzaré para que os ataque!

Uno de los tipos quiso dirigirse hacia la puerta de la jaula, pero el otro le tiró del brazo y le hizo volver.

—No seas gallina —espetó.

—¡A por ellos, Hércules! —grité—. ¡A por ellos!

Hércules dejó escapar su rugido más fiero y saltó. Los dos tipos de negro salieron corriendo de la jaula y cerraron la puerta de golpe cuando Hércules intentó salir tras ellos.

—¡No escaparás! —gritó uno a través de los barrotes—. ¡Volveremos!

—¿Qué queréis de mí? —chillé—. ¿Qué he hecho? ¿Qué he hecho?

16

En realidad Hércules no quería comerse a nadie sino salir de la jaula. No intentó detenerme cuando me deslicé hacia fuera.

Salí sigilosamente de la carpa para ocultarme en la furgoneta hasta que terminaran los ensayos.

—¿Dónde te has metido todo el día? —gruñó papá cuando me encontró. Todos los demás se metieron en la furgoneta y volvimos a casa.

—Me encontraba mal —me quejé—. Tenía que tumbarme.

—Vas a aprender ese truco mañana, Matt —insistió papá—. No volverás a escaparte de nuevo.

Yo me limité a bostezar, dando por supuesto que ese mañana nunca llegaría, al menos para mi familia circense. La mañana traería consigo un nuevo espanto, o quizá por una vez ocurriría algo bueno.

Aquella noche me acosté temprano porque no me gustaba ser el hijo de ocho años de una familia circense. Estaba impaciente por salir de ella. Mis hermanos del circo abarrotaban mi antigua habitación. Jamás conseguiría dormirme allí, de modo que volví a meterme en el cuarto de invitados. Pero una vez allí, no conseguía dormirme porque no podía dejar de pensar en lo que me aguardaba al día siguiente. Resulta difícil relajarse cuando no sabes en qué mundo te vas a despertar por la mañana. Probé a contar ovejas, pero eso nunca me había funcionado, así que intenté pensar en todas las cosas buenas que podían suceder al despertarme.

Podía despertar como jugador de la liga de béisbol. Podía ser el

mejor lanzador de todos los tiempos. O podía ser un niño muy rico que tiene todo lo que desea. O quizás un explorador del espacio del siglo XXV. ¿Por qué no me ocurría nunca nada parecido?

Por encima de todo, deseaba despertarme y encontrar de nuevo a mi familia, la auténtica. Me tenían frito, pero al menos estaba acostumbrado a ellos.

Incluso les echaba de menos... un poco. Bueno, mucho.

Por fin, justo antes del amanecer, me quedé dormido.

Era aún muy temprano cuando me desperté. Paseé la mirada por la habitación, pero todo parecía un poco borroso. «¿Quién soy ahora?», me pregunté. La habitación parecía normal. No se oía ningún ruido. La familia circense, por tanto, había desaparecido.

«Será mejor averiguarlo de una vez», decidí. Salté fuera de la cama. Sentía cierta debilidad en las piernas. Caminé lentamente hacia el cuarto de baño y allí me miré en el espejo.

No. Oh, no. Aquello era lo peor que me había ocurrido. ¡Lo peor de lo peor!

17

¡Era un anciano!

—¡No! —grité. Ya no podía soportarlo más. Volví a la cama con la mayor celeridad que me permitían mis viejas y débiles piernas. Me metí bajo las sábanas y cerré los ojos, dispuesto a dormirme otra vez. No tenía la menor intención de pasar un día entero como un anciano, cuando en realidad sólo tenía doce años.

Rápidamente me quedé dormido. Cuando desperté, supe enseguida que había cambiado y ya no era un anciano. Me sentía lleno de energía, de poder. Me sentía fuerte.

«Quizá sea jugador de béisbol», pensé esperanzado. Me froté los ojos. Fue entonces cuando me vi la mano. Era... era verde. Mi piel era verde y en lugar de dedos, ¡tenía garras!

Tragué saliva, intentando dominar el pánico. ¿Qué me había ocurrido? No perdí un segundo más en descubrirlo. Me dirigí pesadamente al espejo del cuarto de baño. Cuando vi mi rostro, dejé escapar un bramido de horror y repugnancia.

Me había convertido en un monstruo, un enorme y repelente monstruo.

18

Quise chillar. Intenté gritar: «¡no puedo creer lo que me está sucediendo!». Pero todo lo que conseguí articular fue un gruñido aterrador.

«¡No!», pensé, presa del pánico. Sentía deseos de arrancarme aquella horrible piel. Era un horrible monstruo, ¡y ni siquiera podía hablar! Era alto y muy fuerte, y medía casi dos metros. Mi piel era verde y escamosa, con rayas negras, como un lagarto, y me salían babas por todas partes. Mi cabeza parecía de dinosaurio y estaba llena de verrugas, encima de ella tenía tres cuernos puntiagudos entre cuatro orejas también acabadas en punta. Las manos y los pies tenían garras afiladas, y las uñas de los pies chocaban contra el suelo del cuarto de baño cuando caminaba.

Era un tipo terriblemente feo. Ojalá hubiera seguido siendo un anciano. ¡Cada vez que despertaba, mi vida era peor! ¿No se acabaría nunca? ¿Cómo podida hacer que se detuviera?

Pensé en Lacie, que siempre parecía estar allá adonde fuera, y además, recordé que había intentado ayudarme a escapar de los dos tipos de negro. «Quiere ayudarme. Tengo que encontrarla. Sé que ha de estar ahí fuera, en alguna parte. Ella es mi única esperanza.»

Recorrí la casa con paso vacilante en mi cuerpo de monstruo. Estaba vacía. Al menos no tenía que enfrentarme con una nueva familia. ¡Una familia de monstruos habría sido una auténtica pesadilla! Tenía que agradecer pequeñas cosas como aquélla, sobre todo considerando que era verde y tenía cuernos en la cabeza. Salí torpemente a la calle e intenté gritar: «¡Lacie! Lacie, ¿dónde estás?»

Pero mi boca no articulaba palabras, lo único que salía de ella era un rugido terrorífico y atronador.

Un coche que pasaba por mi lado se detuvo de repente y el conductor me miró boquiabierto a través del parabrisas.

—¡No se asuste! —grité, pero no fue eso lo que se oyó. Un nuevo rugido hendió el aire. El hombre chilló y dio marcha atrás a toda velocidad hasta estrellarse contra otro coche. Yo me acerqué para ver si había algún herido.

En el otro coche viajaba una mujer con su hijo. Debían de estar bien porque, en cuanto me vieron, salieron todos corriendo de los coches y huyeron, dando chillidos.

Mis gigantes patas de lagarto me llevaron al centro de la ciudad, aplastando arbustos y derribando cubos de basura. La gente chillaba aterrorizada nada más verme.

«Lacie —pensé—. Tengo que encontrar a Lacie.» Intenté concentrarme en esta idea, pero me estaba entrando hambre, un hambre feroz. Por lo general me gusta comer mantequilla de cacahuete y mermelada cuando quiero picar algo, pero ese día tenía un deseo voraz por comer metal, un bonito y crujiente trozo de metal bien grande.

La ciudad se había sumido en el pánico. La gente corría de un lado a otro, lanzando gritos como si hubiera llegado el fin del mundo. Pero yo no quería hacer daño a nadie, sólo quería comer algo. Me planté frente a un coche de aspecto apetitoso. El conductor frenó en seco.

Lancé un rugido y me golpeé el pecho con mis poderosos brazos de monstruo. El conductor se acurrucó en el coche.

Arranqué uno de los limpiaparabrisas, sólo para probar. Mmmmm. Qué goma tan rica. El hombre abrió la puerta del coche.

—¡No! —gritaba—¡No me hagas daño! ¡Dé-déjame en paz! —Y salió corriendo para ocultarse en alguna parte. Tuvo el detalle de dejarme el coche.

Arranqué la puerta y me comí la manecilla. Era deliciosa, de rico cromo fresquito. Luego le di un buen bocado a la puerta. Ñam, ñam. Mis dientes eran enormes y estaban afilados como cuchillas, así que no me fue difícil masticar el metal. Mmrnm. Tapicería de piel para darle más sabor. Cuando terminé con la puerta, arranqué un

asiento. Mientras me lo comía, arrojaba trozos de goma espuma amarilla. La piel era deliciosa, pero el relleno de espuma era un poco seco. Era como las palomitas infladas sin mantequilla. Aaggg.

Estaba ocupado arrancando el volante, cuando oí el ruido de unas sirenas. Oh, oh. Vi que en torno a mí se había congregado toda una multitud y la gente me señalaba.

—¡Se está comiendo un coche! —gritó alguien.

«Bueno, ya ves —pensé—. ¿Qué esperan que coma un monstruo? ¿Cereales?»

Las sirenas se fueron acercando y varios coches patrulla de la policía formaron un cordón a mi alrededor.

—Despejen la calle —ordenó una voz a través de un megáfono—. Apártense. Despejen la calle.

«Será mejor que me vaya de aquí», decidí. Dejé caer el volante que estaba mordisqueando y eché a correr. La gente chilló y huyó a toda prisa para dejarme paso.

—¡Deténganlo! ¡Atrapen al monstruo!

El agudo sonido de las sirenas traspasó el aire. Sabía que, si me atrapaban, intentarían encerrarme... o algo peor. Tenía que salir de allí y esconderme. Caminé torpemente por entre la multitud en dirección a las afueras de la ciudad. Entonces fue cuando vi a Lacie. Montones de personas huían de mí, pero ella era la única que corría hacia mí. Gruñí, intentando llamarla por su nombre. Ella me aferró por el brazo viscoso y me alejó de la multitud. Luego me condujo por un callejón y perdimos de vista a los demás. Yo quería preguntarle adonde íbamos, pero sabía que no me saldrían las palabras, y temía que mis rugidos la asustaran.

Corrimos sin parar, y no nos detuvimos hasta llegar al bosque de las afueras de la ciudad. Lacie se adentró en el bosque, tirando de mí. «Quiere ocultarme», pensé con agradecimiento, y deseé poder expresarlo.

Seguí a Lacie por un estrecho sendero hasta que se acabó y seguimos abriéndonos paso por entre la maleza. Por fin llegamos a una casita, totalmente oculta tras árboles y parras. Apenas se entreveía, a pesar de encontrarnos frente a ella.

«Un escondite —me dije—. ¿Cómo ha encontrado Lacie este lugar?»

Me pregunté si habría algo bueno para comer en el interior de la casa porque volvía a estar hambriento. «Un par de bicicletas me sentarían de rechupete en ese momento», pensé. Lacie abrió la puerta de la casa y me hizo señas de que la siguiera. Cuando entré, dos personas surgieron de las sombras.

No. Oh, no. Ellos otra vez no. Pero sí, eran ellos, los tipos de negro. Uno de ellos habló.

—Gracias por traérnoslo —dijo—. Has hecho bien tu trabajo.

19

¡GGGGRRRRRRRR!

Agité los brazos. ¡Estaba furioso! ¡Lacie me había traicionado! Tenía que salir de allí, y pronto.

Me abalancé sobre la puerta, pero me echaron una red por encima, tiraron de ella y me caí. Aterricé con un golpe seco, y los dos tipos cerraron la red sobre mí. Yo rugí y me debatí con todas mis fuerzas, pero no pude soltarme. Ellos me ataron firmemente con la red.

«¡Sacadme de aquí!», quería gritar. Intenté rasgar la red con las garras y la mordí, pero estaba hecha de un extraño material y no pude romper las cuerdas.

Gruñí y pataleé durante largo rato, pero por mucho que me esforzara, seguía atrapado. Al final me cansé y me tumbé de espaldas en el suelo. Lacie y los dos tipos de negro me miraban con absoluta calma. Ojalá hubiera podido hablar. Lo intenté.

«¿Cómo has podido hacerme esto? —quise preguntar a Lacie—. ¡Creía que eras mi amiga!» De mi boca no salieron más que gruñidos. Lacie me miró fijamente porque no entendía qué le decía. Los tipos de negro se limitaron a cruzarse de brazos y mirar con una sonrisa burlona.

«¿Quiénes sois? —quise preguntarles—. ¿Qué queréis? ¿Qué me está pasando?»

Nadie me respondió.

—Muy bien —dijo uno de los tipos, el más alto—, encerrémoslo en la parte de atrás.

Volví a rugir, y me debatí cuando entre los tres me arrastraron por el suelo, tirando de mi enorme cuerpo viscoso. Me metieron en un cuarto de la parte posterior de la casa y me encerraron. La habitación estaba oscura. Sólo había una pequeña ventana con barrotes de metal.

«Podría comerme esos barrotes —pensé—. Si pudiera llegar hasta ellos.» Pero estaba inmovilizado en el suelo. No podía moverme dentro de la apretada red. Permanecí quieto durante largo rato, esperando a que algo sucediera, pero no regresó nadie, y no pude oír lo que hacían en las demás habitaciones de la casa. A través de la ventana vi el día languidecer. Se acercaba la noche. Sabía que no podía hacer nada más que dormir, dormir y esperar que hubiera recuperado mi forma humana al despertarme.

20

Me desperté atontado y con un dolor en el estómago.

«Caray —pensé—. ¿Qué comí ayer? ¡Me siento como si tuviera un enorme pedazo de metal en el estómago!»

Entonces lo recordé. Claro que tenía metal en el estómago. Oh, sí. Me había zampado un coche. Mamá siempre me decía que no picara tanto entre comidas.

«Tengo que procurar no repetirlo.»

Me senté para examinarme. Menos mal que volvía a ser humano. Qué alivio. La red yacía abierta en torno a mí. Alguien la había cortado mientras dormía. Pero ¿en quién me había convertido?

Tenía los brazos y las piernas flacos y los pies demasiado grandes. Pero no eran de un tamaño monstruoso. Volvía a ser un chico, pero no de doce años. Calculé que tenía unos catorce.

«Bueno —me dije—. Es mejor que ser un monstruo. Mucho mejor. Pero sigo en la casa del bosque. Sigo siendo un prisionero.» Aquellos tipos de negro me habían atrapado al fin. ¿Qué querían? ¿Qué pensaban hacerme? Me levanté y probé a abrir la puerta, pero estaba cerrada con llave. Miré la ventana. Era imposible forzar los barrotes. Estaba atrapado.

Oí una llave en la cerradura. ¡Venían a por mí! Me acurruqué en un rincón. La puerta se abrió y Lacie y los dos tipos entraron.

—¿Matt? —me llamó Lacie. Me vio en el rincón y dio un paso hacia mí.

—¿Qué vais a hacerme? —pregunté. Era agradable volver a oír mi propia voz en lugar de unos rugidos—. ¡Dejadme marchar! —

exclamé.

Los tipos de negro menearon la cabeza.

—No podemos —me informó el más bajo—. No podemos dejarte ir.

Dieron unos pasos, apretando los puños.

—¡No! —grité—. ¡No os acerquéis!

El tipo alto cerró la puerta de golpe. Luego siguieron avanzando.

21

Avanzaban hacia mí. Paseé una mirada frenética por el cuarto, buscando la manera de escapar.

Los dos tipos bloqueaban la huida hacia la puerta, así que no había modo de salir de allí.

—No vamos a hacerte daño, Matt —explicó Lacie con tono amable—. Queremos ayudarte. En serio.

Los chicos dieron otro paso hacia mí, por lo que me encogí aún más. A mí no me parecía que quisieran ayudarme lo más mínimo.

—No tengas miedo, Matt —insistió Lacie—. Tenemos que hablar contigo. —Se sentó frente a mí, intentando mostrarme que no debía tenerle miedo. Pero los chicos se quedaron vigilando, uno a cada lado de ella.

—Dime qué me está pasando —pedí.

—Estás atrapado en una deformación de la realidad —explicó ella, tras aclararse la garganta.

Como si yo supiera de qué estaba hablando exactamente.

—Ah, claro. Una deformación de la realidad —repetí—. Sabía que tenía que ser algo raro.

—Menos cuento —gruñó el tipo bajo—. Esto no es un juego. Nos estás causando un montón de problemas.

—Tranquilo, Wayne —le calmó Lacie—. Yo me ocuparé de esto. —Se volvió hacia mí y preguntó con su dulce voz.

—No sabes lo que es una deformación de la realidad, ¿verdad?

—No —contesté—. Pero sé que no me gusta.

—Cuando te quedaste dormido en la habitación de invitados de

tu casa, caíste en un agujero de la realidad —explicó. Cuanto más hablaba, menos la comprendía.

—¿Hay un agujero en la realidad? ¿En la habitación de invitados?

Ella asintió.

—Te duermes en una realidad y te despiertas en otra. Has estado metido en ese agujero desde entonces. Ahora, cada vez que te duermes, cambias lo que es real y lo que no.

—¡Bueno, pues haced que pare! —rogué.

—Ya te pararé yo a ti —amenazó el tipo alto.

—Bruce, por favor —le espetó Lacie.

—¿Y todo eso qué tiene que ver con vosotros? —pregunté.

—Estás quebrantando la ley, Matt —explicó ella—. Cada vez que cambias, incumples las leyes de la realidad.

—¡No lo hago a propósito! —protesté—. ¡Jamás había oído hablar de las leyes de la realidad! ¡Soy inocente!

—Sé que no lo haces a propósito —dijo Lacie, intentando apaciguarme—. Pero eso no importa. La cuestión es que ocurre. Cuando cambias de cuerpo, cambias lo que es real y lo que no para mucha gente. Si sigues cambiando, sumirás al mundo entero en la confusión.

—¡No lo entiendes! —exclamé—. ¡Yo quiero pararlo! ¡Haré cualquier cosa para pararlo! ¡Yo sólo quiero volver a ser normal!

—No te preocupes —masculló Wayne—. Nosotros lo pararemos.

—Somos la policía de la realidad —me contó Lacie—. Nuestro trabajo consiste en mantener la realidad bajo control. Hemos intentado seguirte, Matt. No ha sido fácil, con todos los cambios que has hecho.

—Pero ¿por qué? —preguntó—. ¿Qué vais a hacer?

—Teníamos que capturarte —continuó Lacie—. No podemos permitir que incumplas las leyes de la realidad.

Pensé con rapidez.

—Es la habitación de invitados, ¿verdad? ¿Todo esto ha ocurrido porque dormí en la habitación de invitados?

—Bueno...

—¡No volveré a dormir allí nunca más! —prometí—. No me importa si no vuelvo a ser el de siempre. Este cuerpo flaco de

catorce años no está tan mal.

—Es demasiado tarde, Matt —lamentó Lacie, sacudiendo la cabeza—. Estás atrapado en el agujero. Ya no importa dónde duermas. Cada vez que te duermes y te despiertas, cambias la realidad. Estés donde estés.

—¿Quieres decir... que no puedo volver a dormir?

—No exactamente. —Lacie miró a los dos tipos. Luego posó sus ojos azules sobre mí—.

Lo siento, Matt. De verdad que lo siento. Pareces un buen chico.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

—¿De qué... de qué estás hablando?

—No tenemos elección, Matt —explicó ella, dándome palmaditas en la mano—. Tenemos que hacerte dormir... para siempre.

22

La contemplé horrorizado.

—¡No... no podéis hacer eso! —balbucí.

—Ya lo creo que podemos —afirmó Wayne.

—Y lo haremos —añadió Bruce.

—¡No! —grité. Me puse en pie y me abalancé sobre la puerta, pero Bruce y Wayne, que estaban alerta, me inmovilizaron sujetándome los brazos a la espalda.

—No vas a ninguna parte, chico —dijo Wayne.

—¡Soltadme! —chillé.

Me debatí y retorcí, pero ya no era un monstruo gigantesco, sino un chico flacucho que no podía competir con Bruce y Wayne. Seguramente, incluso Lacie podría haberme dado una paliza. Los tipos me lanzaron contra la pared del fondo.

—Volveremos más tarde —prometió Lacie—. Procura no pensar demasiado en ello, Matt. No te dolerá.

Se fueron. Oí girar la llave en la cerradura. Volvía a estar atrapado. Registré el cuarto buscando el medio de escapar, pero no había absolutamente nada, ni siquiera una silla. Tenía tan sólo cuatro paredes desnudas, una puerta cerrada y una pequeña ventana con barrotes.

Abrí la ventana y sacudí los barrotes con la esperanza de que estuvieran flojos o algo parecido, pero no se movieron. Era como estar en la cárcel, encerrado por la policía de la realidad.

Al pegar la oreja a la puerta, oí a Lacie, Bruce y Wayne charlando en la habitación contigua.

—Tendrá que beberse la pócima del sueño —decía Wayne—. Asegúrate de que se la bebe toda, o podría despertarse.

—Pero ¿y si la escupe? —preguntó Lacie—. ¿Y si no se la traga?

—Yo haré que se la trague —afirmó Bruce.

¡Caray! No pude seguir escuchando. Me paseé por el cuarto con desesperación. ¡Iban a darme una pócima para dormir! ¡Para dormir para siempre!

No era la primera vez que estaba en apuros. Mi día en el instituto había parecido horrible en su momento.

Ser un monstruo también había sido espantoso, pero ahora... ahora sí que había llegado el fin.

«¡Tengo que encontrar una solución para salir de este embrollo! —me dije—. Pero ¿cómo? ¿Cómo?»

De repente se me ocurrió. ¿Cómo había escapado antes de los líos? Durmiéndome desaparecía el problema. Ciertamente, siempre me despertaba con nuevas dificultades, y peores. ¡Pero nada podía ser más terrible que aquello!

«Quizá, si me quedo dormido, me despertaré en algún otro lugar. ¡Y así es como escaparé!»

Seguí paseándome. El único problema era cómo quedarme dormido. ¡Estaba demasiado asustado! Aun así, sabía que debía intentarlo. De modo que me tumbé en el suelo, aunque no tenía cama, ni almohada ni mantas, y la luz del día se filtraba a través de la ventana. Dormirse no iba a ser fácil.

«Puedes hacerlo —me animé a mí mismo. Recordé que mi madre, mi madre auténtica, decía que yo era capaz de dormirme en medio de un huracán—. Soy un dormilón, es cierto.»

Echaba de menos a mi madre. Tenía la impresión de no haberla visto en mucho tiempo. «Ojalá hallara el modo de hacerla volver», pensé, cerrando los ojos.

Cuando era muy pequeño, ella solía cantarme para que me durmiera. Recordé la canción de cuna que me cantaba, sobre unos bonitos ponis...

Tararé la canción y, antes de darme cuenta, me quedé frito.

23

Abrí los ojos y me los restregué. ¿Me había dormido? Sí. ¿Dónde estaba? Alcé la vista. Sólo vi el techo. Miré en tomo a mí, había unas paredes desnudas, una puerta y una ventana con barrotes.

¡No! —exclamé furioso—. ¡No!

Seguía en el mismo cuarto, en la misma casa del bosque. Todavía estaba prisionero. Mi plan no había funcionado. ¿Qué podía hacer?

«¡Noooooo!»

Estaba tan enfadado, tan frustrado y asustado que empecé a dar saltos de rabia. Mi plan no había funcionado. No se me ocurría nada más, no sabía qué hacer. Ahora sí que podía estar seguro de que no había escapatoria. Estaba condenado.

Oí a Lacie y a los dos tipos en la otra habitación. Estaban preparando la poción del sueño. Me harían dormir eternamente y no volvería a ver a mi madre, ni a Greg, ni a Pam.

¿Cómo podían hacerme aquello? ¡No era justo! Yo no había hecho nada malo. ¡O al menos, no lo había hecho a propósito! Al pensar en todo esto, me puse aún más furioso.

—¡NOOOOOOOO! —chillé, pero me sonó extraño. Volví a gritar, pero esta vez no tan alto.

—¡Nooooo!

Creía que estaba diciendo «no», pero no fue eso lo que oí, sino un chillido animal.

—¡No! —exclamé de nuevo.

—¡Iiiii! —oí. Era mi voz, pero no era humana. Me miré. Había

olvidado hacerlo, a causa del terror de verme aún encerrado. No había pensado en la posibilidad de que hubiera cambiado, pero el cambio se había producido. Ahora era pequeño, de unos veinte centímetros de estatura. Tenía unas diminutas patitas, piel gris y una gran cola peluda. ¡Era una ardilla!

Los ojos se me fueron hacia la ventana. Ahora podía escabullirme fácilmente por entre los barrotes. No perdí un momento. Trepé por la pared y me deslicé por entre los barrotes. ¡Era libre!

¡Yupiiiiii! Di un pequeño salto de ardilla para celebrarlo. Luego corrí por el bosque tan deprisa como pude y encontré el sendero que conducía a la ciudad. La atravesé con mis patitas de ardilla, pero me pareció que tardaba mucho tiempo. Las distancias cortas se habían alargado para mí.

Todo estaba tranquilo y normal en la ciudad. No vi muestra alguna de que un monstruo hubiera pasado por allí, zampándose coches, y pensé que aquella realidad sencillamente había desaparecido.

«Ésta es la nueva realidad. Soy una ardilla. Pero al menos soy una ardilla despierta, que es mejor que ser un chico dormido para siempre.»

Olisqueé el aire con el asombroso sentido del olfato que tenía. Me pareció que podía oler mi casa desde el centro de la ciudad. Crucé la calle, pero olvidé lo que mi madre siempre me decía: «mira a los dos lados antes de cruzar,» Un coche apareció por la esquina. Su conductor no podía verme. Unos enormes neumáticos negros se abalanzaban sobre mí. Intenté quitarme de en medio, pero no tuve tiempo, así que cerré los ojos. «¿Así es como voy a acabar? —me pregunté—. ¿Como una ardilla atropellada?»

24

El conductor pisó a fondo el freno y el coche se detuvo con un chirrido de neumáticos. Luego todo quedó en silencio. Abrí los ojos. Uno de los neumáticos se había acercado tanto que me tocaba una oreja. Me escabullí de debajo del neumático y crucé la calle. El coche salió disparado.

Al llegar a la otra acera, un perro guardián me ladró desde un jardín. ¡Vaya! Esquivé al perro y trepé a un árbol a toda prisa. El animal me persiguió, ladrando furioso. Me quedé en el árbol hasta que el perro se hartó. Al llamarle su dueño, se alejó.

Bajé del árbol sigilosamente y corrí por el jardín. Durante el resto del trayecto hacia casa, esquivé coches, bicicletas, gente, perros, gatos...

Por fin me hallé contemplando mi casa. No era nada especial, sólo mi casa, sólo un habitáculo cuadrado con la pintura desconchada. Pero a mí me pareció hermosa.

Tenía un nuevo plan, una idea que acabaría con aquella locura de una vez por todas. Eso esperaba. Sabía que mis problemas habían empezado cuando me fui a dormir a la habitación de invitados. Lacie había dicho que allí había un agujero en la realidad. Desde entonces no había vuelto a dormir en mi cuarto ni una sola vez. Siempre había algo que me lo impedía. O bien dormía allí alguna otra persona, o bien no se usaba como dormitorio.

Cuando mi vida era normal, dormía en mi cuarto, en mi antiguo y minúsculo cuarto. Nunca creí que lo echaría de menos. Decidí que tenía que volver a dormir en él. Quizá de ese modo podría hacer

que todo volviera a la normalidad. Sabía que parecía una estupidez, pero valía la pena intentarlo. De todas formas, no se me ocurría nada más.

Trepé por el canalón hasta el segundo piso y miré por la ventana de mi antiguo cuarto. ¡Allí estaba! ¡Con la cama y todo lo demás! Pero la ventana estaba cerrada. Intenté abrirla con mis patitas de ardilla, pero no tuve suerte.

Comprobé las demás ventanas de la casa, pero todas estaban cerradas. Tenía que haber otro modo de entrar en casa. Quizá podría meterme por la puerta de alguna manera. ¿Había alguien en casa? Miré por la ventana de la sala de estar.

¡Mamá! ¡Y Pam y Greg! ¡Habían vuelto! Me emocioné tanto que me puse a brincar, lanzando pequeños chillidos. Entonces Biggie entró en la habitación. Vaya, me había olvidado de Biggie. En aquel momento no me alegré demasiado de verle porque le encantaba perseguir ardillas. El perro me vio enseguida y empezó a ladrar.

Pam alzó la vista. Sonrió y me señaló. «¡Sí! —pensé—. Ven a por mí, Pam. ¡Abre la ventana y déjame entrar!»

Pam abrió la ventana lentamente.

—¡Aquí, ardillita! —me llamó con tono meloso—. ¡Qué bonita eres!

Vacilé. Quería entrar en casa, pero Biggie ladraba como un loco.

—¡Llévate a Biggie al sótano! —ordenó Pam a Greg—. Está asustando a la ardilla.

Pam se mostraba más agradable conmigo siendo una ardilla de lo que jamás había sido con su hermano pequeño, pero eso lo perdoné por el momento. Greg condujo a Biggie al sótano y cerró la puerta.

—Ven, ardilla —dijo Pam—. Ahora estás a salvo.

Salté al interior de la casa.

—¡Mira! —exclamó Pam—. ¡Quiere entrar! ¡Es casi como si estuviera domada!

—¡No dejes que entre aquí! —le advirtió mamá—. ¡Esos animales tienen la rabia! O parásitos, como mínimo.

Procuré no escuchar. Es duro oír a tu propia madre insultarte de esa manera. Centré toda mi atención en conseguir llegar hasta mi cuarto. Si lograba meterme en mi habitación y quedarme dormido,

aunque fueran sólo unos minutos...

—¡Se va! —gritó Greg—. ¡Atrápala!

Pam saltó sobre mí, pero yo me escabullí.

—Si esa ardilla se pierde en esta casa, Pamela —le advirtió mi madre—, voy a enfadarme de veras.

—La atraparé —prometió Pam.

«No, si yo puedo evitarlo», me prometí mentalmente. Pam me cortó el paso en las escaleras. Corrí hacia la cocina. Pam me siguió y cerró la puerta. Estaba atrapado,

—Aquí, ardillita —me llamó—. Aquí.

Se me crispó la cola. Recorrí la cocina en busca de una salida. Pam se acercaba cada vez más, evitando asustarme. Me escabullí bajo la mesa. Ella se abalanzó sobre mí y falló. Pero cuando salí de mi escondite, me acorraló y consiguió atraparme, me sujetó por el cuello y las patas. Yo no sabía que era tan rápida.

—¡La tengo! —gritó.

Greg abrió la puerta de la cocina. Mamá apareció tras él.

—¡Llévala fuera... rápido! —ordenó mamá.

—¿No puedo quedármela, mamá? —rogó Pam—. ¡Sería una mascota tan mona!

Me estremecí. ¡Yo, la mascota de Pam! ¡Qué pesadilla! Pero quizá sería la mejor oportunidad que tendría para volver a mi cuarto.

—¡No! —insistió mamá—. Rotundamente no. Sácala de aquí ahora mismo.

Pam puso cara larga.

—De acuerdo, mamá —cedió con pesar—. Lo que tú digas. —Me sacó de la cocina—. Mamá es muy mala —vociferó para que mamá pudiera oírla—. Yo sólo quería mimarte y acariciarte un rato. ¿Qué hay de malo en eso?

«Mucho», pensé. Pam era la última persona a la que yo quería ver mimándome y acariciándome, aparte de Greg, claro.

—Adiós, ardillita bonita —se despidió Pam, abriendo la puerta principal. Luego la cerró de golpe, pero no me había dejado salir, sino que me sujetaba con fuerza entre los brazos. Luego subió con sigilo las escaleras—. No te preocupes, ardilla —susurró—. No te retendré mucho tiempo. Sólo un poquito. —Sacó algo de debajo de

la cama. Su vieja jaula para hámsters. Abrió la puerta de la jaula y me empujó hacia dentro.

«¡No!», protesté yo, pero lo único que pude hacer fue chillar como una ardilla. Pam cerró la puerta. ¡Volvía a estar prisionero!

25

«¿Qué voy a hacer ahora? —pensé desesperado—. Estoy encerrado en esta jaula y no puedo hablar. ¿Cómo conseguiré volver a mi vieja habitación?» De repente, otra horrible idea se me pasó por la cabeza. Si me dormía en aquella minúscula jaula de hámster, ¿qué ocurriría cuando me despertara?

Pam acercó la cara a la jaula.

—¿Tienes hambre, ardillita? iré a buscarte unas nueces o algo así,

Pam abandonó la habitación. Yo me paseé por la jaula, dándole vueltas a la cabeza. De pronto me di cuenta de que estaba corriendo en la rueda del hámster. «¡Basta!», me dije, obligándome a mí mismo a bajar de la rueda. No quería acostumbrarme a ser un roedor.

—Aquí tienes, ardillita. —Pam había regresado con un puñado de nueces. Abrió la puerta de la jaula y echó las nueces dentro.

—¡Nam, ñam! —exclamó.

Oh, madre mía.

Me comí las nueces. Estaba muy hambriento después de tantas aventuras, pero las habría disfrutado más si Pam no me hubiera estado contemplando todo el tiempo. Sonó el teléfono. Instantes después, oí gritar a Greg:

—¡Pam! ¡Teléfono!

—¡Estupendo! —exclamó Pam. Se puso en pie y salió corriendo de la habitación. Yo me quedé sentado como un tonto, mordisqueando nueces. Tardé cinco minutos en darme cuenta de

que Pam no había echado el pestillo a la puerta de la jaula.

—¡Sí! —chillé, alegrándome por una vez de que Pam no fuera un genio. Empujé la puerta con mis patitas hasta abrirla. Me dirigí sigilosamente hacia la puerta de la habitación, esperando oír pasos, pero no se oía nada. ¡Era mi oportunidad! Salí a toda velocidad por la puerta y recorrí el pasillo hacia mi habitación. La puerta estaba cerrada. La empujé con mi cuerpecillo de ardilla, intentando abrirla, pero no hubo manera. Estaba cerrada del todo. ¡Ratas!

Oí pasos al otro lado del pasillo, ¡Pam volvía! Sabía que tenía que salir de allí antes de que Pam me metiera de nuevo en la jaula. O antes de que mi madre me aplastara con la escoba. Huí a la carrera por las escaleras hasta llegar a la sala de estar. ¿Seguía abierta la ventana? Sí.

Corrí tras el sofá, a lo largo de la pared, bajo una silla... Luego salté hasta el alféizar y de ahí al jardín. Me subí a un árbol y me enrosqué en una rama para descansar. No podía meterme en mi cuarto si era una ardilla. Sólo tenía una alternativa. Tenía que volver a dormirme y, esta vez, sería mejor que me despertara como ser humano porque tenía que volver a mi cuarto. Si no lo hacía, tendría un grave problema, muy grave. La policía de la realidad me seguía la pista. Era sólo cuestión de tiempo que me encontraran. Si lo hacían, no habría nada que pudiera salvarme.

26

¡PAM! ¡PUM! ¡UUFFF!

Aterricé en el suelo con un golpe seco. Menuda manera de despertarme. ¿Quién era esta vez?

Qué alivio. Volvía a ser un chico de doce años, pero no era el de siempre, sino un niño muy gordo, un auténtico dirigible. No era de extrañar que la rama del árbol no hubiera aguantado mi peso. Pero eso no importaba porque volvía a ser humano y podía hablar. Quizá por fin podría volver a mi cuarto.

Me dirigí directamente a la puerta principal y probé a abrirla. Estaba cerrada, así que llamé con los nudillos. No tenía la menor idea de quién iba a contestar. Esperaba que no fuera una familia de monstruos. La puerta se abrió.

—¡Mamá! —exclamé, feliz de verla—. ¡Mamá, soy yo, Matt! ¡Matt!

—¿Quién eres? —me preguntó mamá, mirándome fijamente.

—¡Matt! ¡Matt, mamá! ¡Tu hijo!

—¿Matt? —me preguntó, entrecerrando los ojos—. No conozco a ningún Matt —aseguró.

—¡Pues claro que sí, mamá! ¿No te acuerdas de mí? ¿Recuerdas la nana que me cantabas cuando era un bebé?

Ella entornó los ojos con suspicacia. Greg y Pam aparecieron a su espalda.

—¿Quién es, mamá? —quiso saber Pam.

—¡Greg! —grité yo—. ¡Pam! ¡Soy yo, Matt! ¡He vuelto!

—¿Quién es este niño? —preguntó Greg.

—No lo conozco —dijo Pam.

«Oh, no —pensé—. No, por favor, esto no puede ser cierto. Estoy tan cerca...»

—Necesito dormir en mi antigua habitación —rogué—. Por favor, mamá. Déjame subir y dormir en mi habitación, ¡Es cuestión de vida o muerte!

—No sé quién eres —contestó mamá—. Y no conozco a ningún Matt. Debes de haberte equivocado de casa.

—Este niño está mal de la cabeza —dijo Greg.

—¡Mamá! ¡Espera! —grité.

Mamá me cerró la puerta en las narices. Me di la vuelta y eché a correr por el sendero. «¿Qué hago ahora?», me pregunté. Me detuve y miré hacia el otro lado de la manzana. Tres personas corrían hacia mí. Las tres últimas personas en el mundo a las que quería ver: Lacie, Bruce y Wayne.

«¡La policía de la realidad! ¡Me han encontrado!»

27

—¡Ahí está! —Lacie me señalaba. Los tres siguieron corriendo hacia mí.

—¡A por él!

Me di media vuelta y eché a correr en dirección opuesta. No fue fácil porque no podía correr mucho. ¿Por qué tenía que haberme despertado gordo? Sin embargo, tenía una ventaja: conocía el barrio como la palma de mi mano, y ellos no.

Corrí por el jardín de la casa contigua a la mía. Miré hacia atrás. La policía de la realidad me ganaba terreno, estaban tan sólo a media manzana de distancia.

Desaparecí tras la casa del vecino. Luego volví furtivamente a mi casa. En la parte posterior del garaje había una hilera de espesos arbustos. Me metí entre ellos y contuve la respiración. Unos minutos más tarde, tres pares de pies pasaron de largo.

—¿Dónde se habrá metido? —oí preguntar a Lacie.

—Debe de haberse ido por el otro lado —afirmó Wayne—. ¡Vamos!

Se alejaron corriendo. Respiré, dejando escapar el aire ruidosamente. Estaba a salvo por el momento, pero sabía que la policía de la realidad volvería a encontrarme. Tenía que volver a mi cuarto, pero mamá no me dejaría entrar, creía que era un chalado. Sólo me quedaba una alternativa: debía entrar en casa a escondidas. Esperaría hasta la noche, hasta que todos se hubieran acostado. Luego buscaría una ventana abierta, o rompería una si fuera necesario. Me colaría en mi habitación y dormiría allí. Esperaba que

no hubiera nadie más durmiendo en mi cuarto.

Mientras tanto, tenía que esperar a que se hiciera de noche. Permanecí oculto entre los arbustos, tan inmóvil como fui capaz y luchando por permanecer despierto. No quería volver a dormirme. Si llegaba a ocurrir, ¿quién sabía cómo despertaría? Quizá no consiguiera llegar jamás a mi cuarto.

Las horas transcurrieron con lentitud, hasta que por fin llegó la noche. El barrio se quedó en silencio. Salí de los arbustos con los brazos y las piernas entumecidos. Contemplé la casa. Todos se habían acostado menos mamá, la luz de su habitación aún estaba encendida. Esperé hasta que se apagó. Luego aguardé otra media hora para darle tiempo a dormirse profundamente. Entonces me fui hasta la puerta principal. Mi cuarto estaba en el segundo piso. Sabía que mamá habría cerrado con llave todas las puertas y también todas las ventanas del primer piso. Lo hacía todas las noches. Yo tendría que trepar hasta el segundo piso y entrar a hurtadillas por la ventana de mi cuarto. Era la única solución posible.

Tenía que subirme al árbol que crecía junto a mi ventana. Luego tendría que soltarme del árbol y agarrarme al canalón. Después me colocaría en el estrecho saliente de la parte exterior de mi ventana, aferrándome al canalón para no perder el equilibrio. Si conseguía llegar al saliente, quizá podría abrir la ventana y meterme en el cuarto. Ese era el plan, pero cuanto más pensaba en él, menos sentido le veía. Decidí que sería mejor no pensar en él y llevarlo a la práctica.

Me puse de puntillas para alcanzar la rama más baja del árbol, pero me faltaban unos centímetros para llegar con las manos. Tendría que saltar. Doblé las rodillas y me impulsé hacia arriba. Rocé la rama con la punta de los dedos, pero no conseguí sujetarla. ¡Ojalá no fuera tan gordo! Apenas conseguía despegarme del suelo al saltar.

«No me rendiré —prometí—. Si esto no funciona, estoy perdido.» Así que respiré hondo y reuní todas mis fuerzas. Me agaché, y salté tan alto como pude.

¡Sí! ¡Llegué a la rama! Me quedé colgado de ella unos segundos, balanceándome y dando patadas al aire. ¡Mis piernas eran tan pesadas! Tras darme la vuelta, subí por el tronco del árbol con los

pies y, con un gruñido por el esfuerzo, me elevé hasta la rama. Menos mal. Trepas por el resto del árbol fue mucho más fácil, continué hasta llegar a la rama que había justo delante de mi ventana. Me puse de pie sobre ella y me sujeté a la rama que tenía encima de la cabeza. Desde allí podía aferrarme al canalón, esperando con todas mis fuerzas que soportara mi peso. Me agarré al canalón e intenté poner el pie en el saliente de la ventana, pero no lo conseguí. Estaba colgado del canalón por la punta de los dedos. Miré hacia abajo. El suelo parecía estar muy lejos. Apreté los labios con fuerza para no gritar. Jadeé, suspendido del canalón. Tenía que poner el pie en el saliente, o caería.

Me retorcí para moverme hacia la izquierda, intentando acercarme más a la cornisa.

¡CRAC! ¿Qué era eso?

¡CRAC! ¡El canalón! ¡No iba a resistir!

28

¡CRAC!

Noté que me caía. El canalón estaba a punto de ceder. Con todas mis fuerzas, y sin soltarme del canalón, estiré una pierna cuanto pude, y toqué el saliente de la ventana con la punta del pie. Coloqué el pie sobre la cornisa, luego el otro. ¡Lo había conseguido! Me puse en cuclillas sin soltar el canalón para no perder el equilibrio.

Permanecí inmóvil, intentando recobrar el aliento. La noche era fría, pero notaba las gotas de sudor que me caían por la cara. Me las sequé con el dorso de la mano libre y miré por la ventana. La habitación estaba a oscuras. ¿Había alguien dentro? No podía saberlo. La ventana estaba cerrada.

«Por favor, que no tenga echado el pestillo», rogué. Si no podía entrar en mi cuarto, me quedaría atrapado en el saliente. No tenía modo de bajar. A menos que me cayera, por supuesto.

Probé a abrir la ventana con cuidado, y se deslizó hacia arriba. ¡No tenía echado el pestillo! La abrí del todo y entré a gatas en el cuarto. De repente me caí al suelo y me quedé paralizado. ¿Me había oído alguien? No me llegó ningún sonido. Todos seguían dormidos. Me levanté. ¡Allí estaba mi cama! ¡Mi vieja cama! ¡Y estaba vacía!

Estaba tan contento que sentía deseos de brincar y gritar, pero me contuve. «Esperaré a mañana para celebrarlo —decidí—. Si mi plan funciona.»

Me quité los zapatos y me metí en la cama. Suspiré. Había

sábanas limpias. Qué agradable era estar de vuelta. Todo parecía casi normal. Dormía en mi propia cama, y mamá, Pam y Greg en las suyas.

De acuerdo, no parecía yo, aún no había recobrado mi viejo cuerpo, y mi familia no me reconocía. Si me hubieran visto en aquel momento, habrían pensado que era un ladrón o un maníaco.

Aparté estos pensamientos de mi cabeza.

Quería pensar en la mañana siguiente. «¿Qué pasará mañana? — me pregunté, somnoliento—. ¿Quién seré cuando me despierte? ¿Mi vida volverá a la normalidad? ¿O me encontraré a Lacie y a esos dos tipos al lado, dispuestos a saltar sobre mí?» Sólo había un modo de descubrirlo. Cerré los ojos y me dormí.

Noté algo cálido sobre el rostro. Era la luz del sol. Abrí los ojos. ¿Dónde estaba? Paseé la mirada. Me hallaba en un cuarto pequeño, atestado y desordenado, lleno de trastos. ¡Mi antiguo cuarto!

El corazón me dio un vuelco. ¿Había funcionado mi plan? ¿Había vuelto a la normalidad? Estaba impaciente por comprobarlo. Eché a un lado la ropa de la cama, salté al suelo y corrí hacia el espejo que había en la parte interior de la puerta. Vi a un chico rubio y flaco de doce años. ¡Sí! ¡Había vuelto! ¡Volvía a ser yo!

—¡Hurra! —exclamé,

Biggie abrió la puerta empujándola con el morro y entró en la habitación. Me gruñó y ladró.

—¡Biggie! —exclamé alegremente. Me agaché y le di un abrazo. El intentó morderme. El viejo Biggie.

—¡Matt! —Mamá me llamaba desde la cocina. Era la voz de mi auténtica madre—. ¡Matt! ¡Deja tranquilo a Biggie! ¡Deja de provocarlo!

—¡No lo estoy provocando! —grité. Siempre me echa la culpa de todo. ¡Pero aquel día no me importaba! ¡Estaba demasiado contento! Bajé al trote las escaleras para desayunar. Allí estaban todos: mamá, Pam y Greg, tal como los había dejado.

—El raro entra en la cocina para alimentarse —relató Greg a su magnetófono—. ¿Qué come un raro? Observémosle para descubrirlo.

—¡Greg! —exclamé. Le rodeé el cuello con los brazos y lo abracé.

—¡Eh! —Greg me apartó de un empujón—. ¡Suéltame, rarito!

—¡Y Pam! —También a ella le di un abrazo.

—¿Qué te pasa, cerebro de mosquito? —espetó—. Ya sé, ¡anoche te secuestraron unos alienígenas y te han lavado el cerebro!

No hice caso de sus bromas. Le di unas palmaditas en la almohadilla que tenía por cabello.

—¡Corta ya! —se quejó ella.

A mi madre le di el abrazo más fuerte de todos.

—Gracias, cariño. —Me palmeó la espalda. Al menos ella estaba de mi parte, por una vez en la vida.

—Prepárate unos cereales, Matt —dijo—. Llego tarde. Suspiré, lleno de felicidad, y me preparé el tazón de cereales. Todo había vuelto a ser normal. Nadie se había dado cuenta siquiera de que me había ido.

«No volveré a poner los pies en la habitación de invitados nunca más —prometí—. Jamás. Voy a quedarme en mi cuarto a partir de ahora, por abarrotado que esté.»

¡POIING! Algo me dio en la nuca. Giré en redondo. Greg me sonrió con una cañita en la mano.

—¿Qué ocurre si le tiras una bolita de papel a un raro? —dijo al magnetófono—. ¿Cómo reacciona? :

—Apuesto a que se echa a llorar como un bebé —contestó Pam.

Me encogí de hombros y seguí comiendo cereales.

—No conseguiréis que me enfade —les informé—. Soy demasiado feliz.

Pam y Greg se miraron. Pam hizo girar un dedo, señalándose la sien, dando a entender que yo me había vuelto majara.

—Algo le ha ocurrido al raro —anunció Greg.

—Sí —convino Pam—. El raro ha cambiado.

La escuela fue muy divertida aquel día.

Era fantástico volver a estar en séptimo curso. Era mucho más fácil que el instituto.

Jugamos al fútbol en el gimnasio e incluso marqué un gol. Pero de camino hacia mi última clase, vi algo que hizo que se me parara el corazón. Una chica de mi edad caminaba por el pasillo delante de mí. Llevaba los largos y espesos cabellos rubios recogidos en una

cola de caballo.

Oh, no. ¡Lacie! Me quedé paralizado. ¿Qué debía hacer? ¿Me perseguía aún la policía de la realidad? ¡Pero si lo había arreglado todo! ¡Ya no era necesario que me hicieran dormir para siempre!

Decidí que tenía que huir de allí, y estaba a punto de echar a correr, cuando la chica se dio la vuelta y me sonrió. No era Lacie, tan sólo una chica con el pelo largo y rubio.

Respiré profundamente. «Tengo que tranquilizarme —pensé—. Todo ha terminado. No ha sido más que una pesadilla, o algo parecido.»

La chica se alejó y yo me metí en mi última clase, No vi a Lacie, ni a Bruce, ni a Wayne por ninguna parte.

Fui silbando durante todo el camino a casa, pensando en lo fácil que sería hacer los deberes.

—¡Hola, Matt! —me saludó mamá cuando entré.

—¿Mamá? —Me sorprendía verla allí. Solía estar en el trabajo cuando yo volvía a casa—. ¿Qué haces en casa tan temprano?

—Me he tomado el día libre —explicó con una sonrisa—. Tenía cosas que hacer en la casa.

—Oh. —Me encogí de hombros y encendí la televisión.

—Matt —dijo mamá, apagándola—, ¿no sientes curiosidad?

—¿Curiosidad? ¿Sobre qué?

—Sobre lo que he estado haciendo todo el día.

Paseé la mirada por la sala de estar, todo parecía igual.

—No sé —dudé—. ¿Qué has estado haciendo?

Mamá volvió a sonreír. Parecía excitada por algo.

—¿Lo has olvidado? —preguntó—. Esta semana es tu cumpleaños.

Pues la verdad era que lo había olvidado. Me habían ocurrido demasiadas cosas raras. Cuando tienes que huir para salvar la vida, no estás para cumpleaños.

—Tengo una sorpresa para ti —anunció ella—. Ven arriba y te la enseñaré.

La seguí escaleras arriba, empezando a sentirme emocionado también yo. ¿Cuál podía ser la sorpresa? Mamá no solía tomarse mi cumpleaños con tanto entusiasmo, así que debía de ser algo

realmente fantástico. Se detuvo delante de mi cuarto.

—¿Está aquí la sorpresa? —pregunté.

—Mira. —Abrió la puerta.

Me asomé al interior. Mi cuarto estaba lleno de grandes cajas desde el suelo hasta el techo. ¡Caray!

—¿Todos esos regalos son para mí? —pregunté.

—¿Regalos? —Mamá se echó a reír—. ¿Todas estas cajas? ¡Pues claro que no!

Sabía que era demasiado bueno para ser cierto.

—Bueno, ¿y cuál es la sorpresa entonces? —inquirí.

—Matt —empezó a decir ella—. He estado pensando en lo que dijiste el otro día y he decidido que tenías razón. Tu cuarto era demasiado pequeño, así que lo he convertido en trastero.

—¿Que qué?

—Lo que oyes. —Cruzó el pasillo y abrió la puerta de la habitación de invitados—. ¡Tachán!

No. Oh, no. No podía ser. Eso no.

—¡Feliz cumpleaños, Matt! —exclamó mamá—. ¡Bienvenido a tu nueva habitación!

—Eh... eh... eh... —Era incapaz de pronunciar una sola palabra. Mi cama, mi cómoda, todos mis pósters y libros, todo lo había colocado en la nueva habitación.

—¿Matt? ¿Qué ocurre? —exclamó mamá—. ¿No era lo que querías?

Abrí la boca y empecé a chillar.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofrantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.